JESÚS HUERTA DE SOTO

LOS EFECTOS ECONÓMICOS DE LA PANDEMIA

UN ANÁLISIS AUSTRIACO





En este pequeño ensayo, Jesús Huerta de Soto analiza hasta qué punto la pandemia actual puede desencadenar diversos efectos económicos y si la intervención coactiva de los estados puede paliar los efectos negativos de la misma o si, por el contrario, puede llegar a ser contraproducente, agravándolos y haciéndolos aún peores y más duraderos.

El trabajo se centra en estudiar, en su primera parte, el posible impacto de la pandemia sobre la estructura económica. En la segunda parte, partiendo del funcionamiento del orden espontáneo del mercado impulsado por la eficiencia dinámica de la empresarialidad, se analiza el problema de la imposibilidad del cálculo económico y de la asignación eficiente de los recursos. En la tercera y última parte, se estudia el caso particular de la intervención masiva en los mercados monetarios y financieros por parte de los gobiernos y bancos centrales, con especial atención a las políticas de corte fiscal e incremento del gasto público que, so pretexto del parón económico, se presentan como la panacea y remedio universal para los males que nos aquejan.

Jesús Huerta de Soto

Los efectos económicos de la pandemia

Un análisis austriaco

ePub r1.0
Titivillus 03-06-2021

Jesús Huerta de Soto, 2021

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

INTRODUCCIÓN

CICLOS RECURRENTES DE AUGE Y RECESIÓN VERSUS CRISIS PUNTUALES DEBIDAS A FENÓMENOS EXTRAORDINARIOS

Tradicionalmente, los teóricos de la Escuela Austriaca han venido prestando una especial atención a los ciclos recurrentes de auge y recesión que afectan a nuestras economías, así como al estudio de la relación que existe entre los mismos y las modificaciones en la estructura de etapas de bienes de capital que los caracterizan. La teoría austriaca de los ciclos económicos es, sin duda, una de las cimas más elaboradas de las contribuciones analíticas de la Escuela. Esta ha sido capaz de explicar cómo los procesos de expansión crediticia, que impulsan y orquestan los bancos centrales, y ejecuta el sector de bancos privados que actúa con un coeficiente de reserva fraccionaria creando de la nada dinero en forma de depósitos que inyecta en el sistema mediante préstamos a las empresas y agentes económicos, sin que previamente se haya producido un incremento real del ahorro voluntario, inducen errores sistemáticos de inversión generando una estructura productiva insostenible. Esta se fuerza artificialmente hacia múltiples proyectos demasiados intensivos en capital, que solo podrían madurar en un futuro más alejado, pero que lamentablemente no podrán culminarse, pues los agentes económicos no están dispuestos a respaldarlos sacrificando su consumo inmediato (es decir, ahorrando) en la medida requerida. Por eso ineludiblemente surgen unos procesos de reversión que ponen de manifiesto los errores de inversión cometidos y la necesidad de reconocerlos, abandonar los proyectos insostenibles y reestructurar la economía trasladando masivamente los factores de producción (bienes de capital y mano de obra) desde allí en donde se les empleó por error hacia nuevos proyectos menos ambiciosos pero verdaderamente rentables. La recurrencia del fenómeno cíclico se explica tanto por el carácter esencialmente inestable de la banca con

reserva fraccionaria como principal proveedor de dinero en forma de expansión crediticia, como por el generalizado sesgo inflacionista de teóricos, responsables políticos, agentes económicos y sociales y, sobre todo, bancos centrales, que consideran que la prosperidad económica es un objetivo que debe perseguirse a corto plazo y a toda costa, y que la inyección monetaria y crediticia es un instrumento del que en ningún caso puede prescindirse. Por eso, una vez iniciada y consolidada la recuperación, tarde o temprano de nuevo se cae en las antiguas tentaciones, se racionalizan las políticas que una y otra vez han fracasado y se reinicia todo el proceso de expansión, crisis y recesión, y así sucesivamente.

Aunque los economistas austriacos han propuesto las reformas que sería preciso acometer para acabar con los ciclos recurrentes (básicamente la eliminación de los bancos centrales, la reprivatización del dinero —patrón oro — y el sometimiento de la banca privada a los principios generales del derecho de propiedad privada —es decir, coeficiente de caja del 100 por cien para los depósitos a la vista y equivalentes—) siempre han hecho la salvedad de que estas reformas no podrían evitar el surgimiento de crisis económicas de tipo puntual y no recurrente siempre que, como consecuencia, por ejemplo, de guerras, graves trastornos políticos y sociales, cataclismos naturales o pandemias, se produjera un gran incremento de la incertidumbre, con cambios súbitos en la demanda de dinero y, eventualmente, en la tasa social de preferencia temporal que indujeran, incluso, modificaciones permanentes en la estructura productiva de etapas de bienes de capital. Pues bien, en el presente trabajo vamos a analizar hasta qué punto una pandemia como la actual que, por otra parte, se ha repetido en numerosas ocasiones a lo largo de la historia de la humanidad, puede desencadenar estos y otros efectos económicos y hasta qué punto la intervención coactiva de los estados puede paliar los efectos negativos de las mismas o si, por el contrario, puede llegar a ser contraproducente, agravándolos y haciéndolos aún peores y más duraderos. El enfoque de nuestro análisis se centrará en estudiar, en su primera parte, el posible impacto de la Pandemia sobre la estructura económica. A continuación, y en segundo lugar, partiremos del funcionamiento del orden espontáneo del mercado impulsado por la eficiencia dinámica de una empresarialidad libre y creativa dedicada, de manera descentralizada, a detectar los desafíos y problemas generados por una pandemia. Por contraste y oposición, analizaremos el problema de la imposibilidad del cálculo económico y de la asignación eficiente de los recursos si las decisiones se pretenden tomar e imponer desde arriba a nivel

político, es decir, de manera centralizada y utilizando el poder coactivo y sistemático del estado. En la tercera y última parte de este trabajo, estudiaremos el caso particular de la intervención masiva en los mercados monetarios y financieros por parte de los gobiernos y, sobre todo, bancos centrales, para hacer frente a la pandemia intentando paliar sus efectos, con especial atención a las simultáneas políticas gubernamentales de corte fiscal e incremento del gasto público que, so pretexto del parón económico, se presentan como la panacea y remedio universal para los males que nos aquejan.

I. EFECTOS DE LAS PANDEMIAS SOBRE LA ESTRUCTURA PRODUCTIVA REAL

MERCADO DE TRABAJO, PROCESO DE ETAPAS DE BIENES DE CAPITAL E IMPACTO DE LA INCERTIDUMBRE

1.1 Mercado de trabajo

El surgimiento de una nueva enfermedad altamente contagiosa que se extiende por todo el mundo con una elevada mortalidad constituye sin duda alguna un escenario catastrófico capaz de provocar a corto, medio e incluso a largo plazo toda una serie de importantes consecuencias económicas. Entre ellas destaca, en primer lugar, el coste en términos de vidas humanas, muchas de ellas aún plenamente creativas y en proceso de producción. Recordemos por ejemplo que la denominada “gripe española” se estima que provocó en todo el mundo entre 40 y 50 millones de víctimas a partir de 1918 (es decir, más de tres veces de los fallecidos, entre combatientes y civiles, durante la Primera Guerra Mundial); habiéndose cebado dicha pandemia de gripe mayoritariamente sobre hombres y mujeres relativamente jóvenes y robustos, es decir, en plena edad productiva[1]. En contraste, la actual pandemia de COVID-19 generada por el virus SARS-CoV-2, aun produciendo síntomas relativamente leves en el 85 por ciento de los contagiados, es grave para el quince por ciento restante, requiriendo hospitalización para un tercio de ellos y causando la muerte a cerca de uno de cada cinco hospitalizados graves; la inmensa mayoría de ellos personas mayores ya jubiladas o con patologías previas importantes.

Por tanto, la actual pandemia no está teniendo efectos apreciables sobre la oferta de mano de obra y talento humano en el mercado de trabajo, pues el incremento de fallecimientos de personas en edad de trabajar es relativamente reducido. Como ya hemos mencionado, esta situación contrasta en gran

medida con la que se generó en la “gripe española”, tras la cual puede estimarse que se contrajo la oferta de trabajo, a nivel agregado de todo el mundo, aproximadamente en más de un 2 por ciento, teniendo en cuenta tanto los fallecidos por la enfermedad como los que perdieron su vida durante la Primera Guerra Mundial (40 o 50 millones de bajas por la enfermedad y más de 15 millones por el conflicto bélico). Esta relativa escasez de mano de obra no dejó de presionar al alza los salarios reales durante los “felices años veinte” del siglo pasado, en los que se consumó la reestructuración de la economía mundial que pasó de una economía de guerra a una de paz, a la vez que todo el proceso se vio acompañado por una gran expansión crediticia, cuyo análisis detallado no podemos elaborar aquí pero que en todo caso puso las bases de la “Gran Depresión” que surgió a partir de la grave crisis financiera de 1929[2].

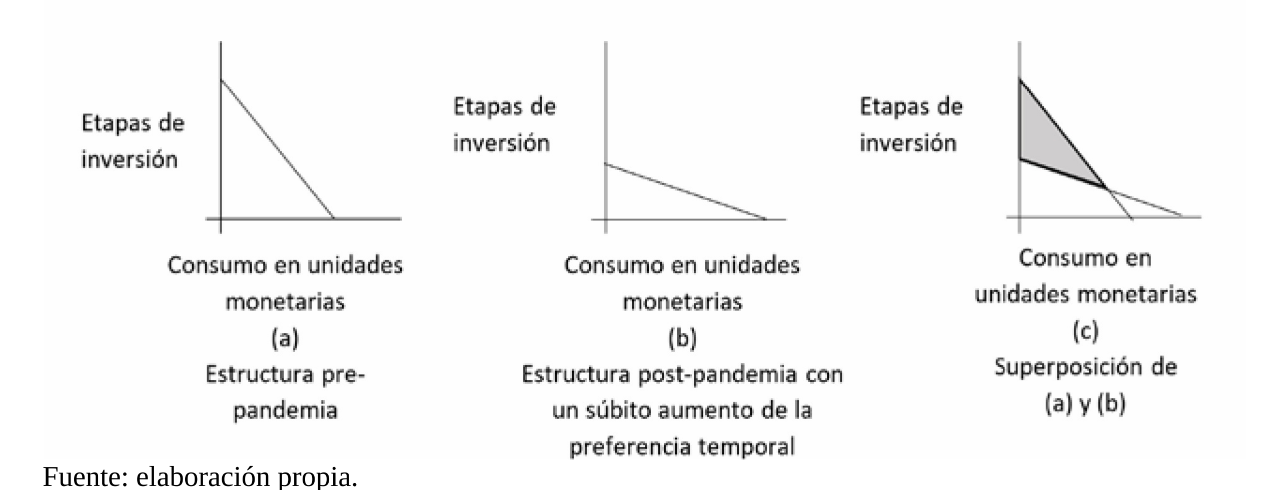
A lo largo de la historia, diversas pandemias han tenido un impacto incluso mucho mayor sobre el mercado de trabajo. Así, por ejemplo, destaca la gran peste que asoló Europa a partir de 1348 y que se estima redujo al menos en un tercio el volumen total de población. Tras la pandemia se produjo, por tanto, un importante crecimiento de los salarios reales que se consolidó en las décadas subsiguientes, fruto de la gran escasez sobrevenida de mano de obra. A estos efectos, resulta exasperante constatar cómo los economistas de corte monetarista y, sobre todo, keynesiano, siguen refiriéndose machaconamente a los supuestos efectos económicos “beneficiosos” de guerras y pandemias (se supone que para todos menos para los millones de fallecidos y empobrecidos en las mismas). Se argumenta que estas tragedias permiten que las economías salgan de su atonía e inicien la senda de una boyante “prosperidad”, a la vez que justifican así sus políticas económicas de intenso intervencionismo monetario y fiscal. Mises, con su habitual perspicacia, califica de puro “destruccionismo económico” a estas teorías y políticas económicas que solo justifican y buscan incrementar la oferta monetaria per cápita y, sobre todo, el gasto de las administraciones públicas[3].

1.2 Estructura productiva y bienes de capital

A parte de estos efectos sobre la población y el mercado laboral, debemos también considerar, en segundo lugar, el impacto de una pandemia sobre la tasa social de preferencia temporal y, por ende, sobre el tipo de interés y la

estructura productiva de etapas de bienes de capital. En este sentido, quizás el escenario más catastrófico que quepa concebir sea el descrito por Boccaccio en su introducción al *Decamerón* en relación con la peste bubónica que azotó a Europa en el siglo XIV. Y es que, si con carácter general se extiende la convicción de que existe una alta probabilidad de contagiarse y fallecer a corto o medio plazo, es muy comprensible que las valoraciones subjetivas se orienten hacia el presente y el consumo inmediato. "Comamos y bebamos que mañana vamos a morir", o bien "arrepintámonos, hagamos penitencia y recemos poniendo nuestra vida espiritual en orden" son dos posturas antagónicas frente a la pandemia perfectamente comprensibles pero que tienen el mismo efecto económico: ¿qué sentido tiene ahorrar y emprender proyectos de inversión que solo podrían madurar en un futuro lejano en el que ni nosotros ni nuestros hijos estaremos y de cuyos frutos no podremos aprovecharnos? El resultado obvio que, por ejemplo, pudo observarse en la Florencia del siglo XIV asolada por la peste bubónica fue el abandono masivo de granjas, ganados, campos y talleres y, en general, el descuido y consumo sin reposición de los bienes de capital[4]. Este fenómeno puede ilustrarse gráficamente de manera simplificada tal y como explico en el apartado dedicado a las "economías en regresión" de mi libro *Dinero, crédito bancario y ciclos económicos*[5], utilizando los conocidos triángulos hayekianos que representan la estructura productiva de una sociedad (y cuyo significado y explicación detallada pueden estudiarse en las pp. 233 y ss. del mismo libro).

Gráfico 1.



Fuente: elaboración propia.

Como se ve en el gráfico 1, en este caso se produce un súbito e intenso aumento de la tasa social de preferencia temporal que incrementa el consumo monetario inmediato (figura b) en detrimento de la inversión. En concreto,

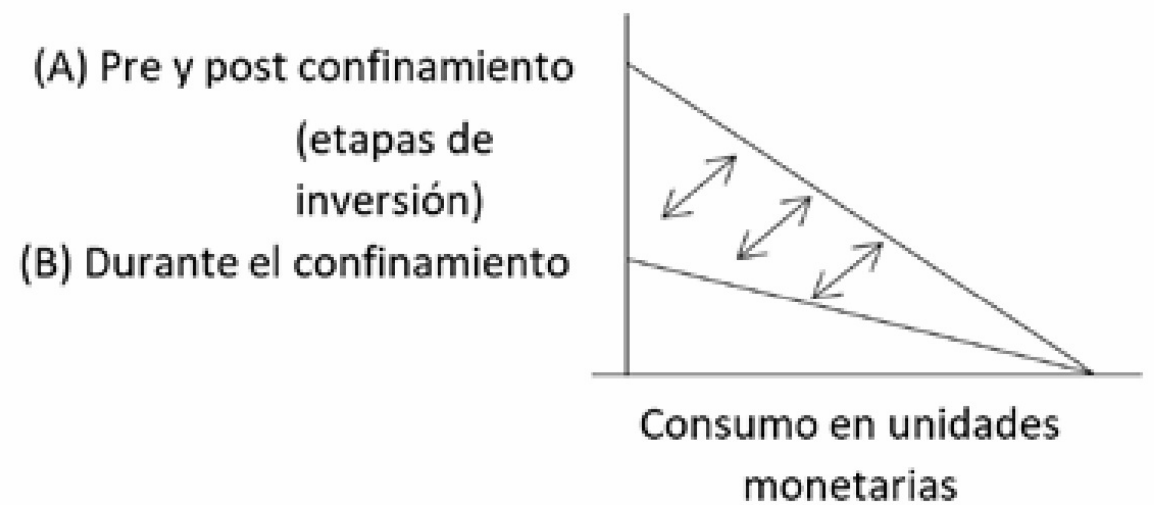
múltiples etapas del proceso de producción, representadas por el área sombreada en la figura (c), son abandonadas y una parte muy importante de la población deja de trabajar (por fallecimiento o voluntariamente) y los que sobreviven se dedican con ahínco a consumir bienes de consumo (cuyos precios en unidades monetarias se disparan ante la contracción de su oferta y la generalizada disminución en la demanda de dinero). Las transacciones en el mercado de tiempo y fondos prestables prácticamente se interrumpen y los tipos de interés en las pocas que se llevan a cabo "se ponen por las nubes".

En contraste con el escenario anterior, no existen indicios de que en la actual Pandemia de COVID-19 se haya producido una modificación significativa en la tasa social de preferencia temporal (aparte del efecto de incremento temporal de la incertidumbre que estudiaremos más adelante). Por un lado, las circunstancias actuales ni por asomo se asemejan a las de una pandemia tan grave como la descrita por Boccaccio en el *Decamerón*. Como hemos indicado, la mortalidad previsible de la población en edad de trabajar es prácticamente irrelevante y las expectativas respecto a la feliz culminación de los procesos de inversión de maduración temporal más alejada permanecen inalteradas (por ejemplo, se sigue invirtiendo en el diseño, innovación y producción de los coches eléctricos del futuro, y en múltiples otros proyectos de inversión a largo plazo). Y si no se ha producido una mutación significativa en la tasa social de preferencia temporal tampoco la estructura de etapas de producción de bienes de capital descrita simplificadamente en el gráfico hayekiano se ha visto alterada, salvo por tres efectos, uno a muy corto plazo, otro de plazo medio de duración (de 1 a 3 años) y el tercero de duración más prolongada e incluso indefinida.

1. El primer caso es el del efecto inmediato y temporalmente reducido (de unos pocos meses) que sobre la estructura productiva real han tenido los confinamientos coactivos impuestos por los gobiernos. Puede suponerse que el "parón" económico decretado durante unos meses ha afectado en términos relativos sobre todo al esfuerzo productivo más alejado del consumo final: al fin y al cabo la población, incluso la confinada que no ha podido trabajar, ha tenido que seguir demandando y consumiendo bienes y servicios de consumo (aunque sea a través del comercio electrónico —Amazon, etc.— pues muchas tiendas y distribuidores finales se vieron obligados a cerrar al no ser considerados "actividades esenciales"). Si ello es así, suponiendo igualmente que la demanda monetaria final dirigida al consumo no se ha visto significativamente alterada, bien sea porque las economías domésticas, en paro forzoso impuesto por las autoridades, han echado mano de sus reservas

financieras o han sustituido su merma de ingresos con fondos procedentes de subsidios temporales por desempleo (ERTES, ERES, etc.), la estructura productiva en términos monetarios habrá oscilado a lo largo de un corto intervalo de tiempo, de forma pendular, tal y como se indica a continuación (gráfico 2):

Gráfico 2.



Fuente: elaboración propia.

En todo caso, terminada la "desconexión" forzosa del proceso productivo y vueltos a su empleo los factores de producción, el proceso productivo puede reiniciarse allí donde quedó parado pues no se han puesto de manifiesto errores sistemáticos generadores de malas inversiones que sea preciso reconvertir[6]. A diferencia de lo que ocurrió en la Gran Recesión de 2008, la estructura productiva no se ha visto irreversiblemente dañada, por lo que no es preciso un prolongado y doloroso proceso de reconversión y reasignación masiva de mano de obra y de factores de producción: simplemente se requiere que empresarios, trabajadores y autónomos vuelvan al trabajo, retomando las tareas allí donde se interrumpieron y utilizando el equipo capital que quedó intacto entonces (hace pocos meses) y ahora está igualmente disponible.

En relación con este primer efecto a muy corto plazo, debe aclararse que el mismo también tiene lugar, si bien de forma mucho más suave, menos traumática y, por tanto, dando lugar a una oscilación mucho menor del movimiento pendular indicado en el gráfico, si los confinamientos hubieran tenido lugar de una manera voluntaria y selectiva y hubieran sido decididos a nivel "micro" por las familias, empresas, urbanizaciones, barrios, etc., en el contexto de una sociedad libre en la que, o bien no existan gobiernos monopolistas (autogobierno propio del anarcocapitalismo) o bien estos no

sean centralistas ni impongan medidas generalizadas y coactivas de confinamiento indiscriminado.

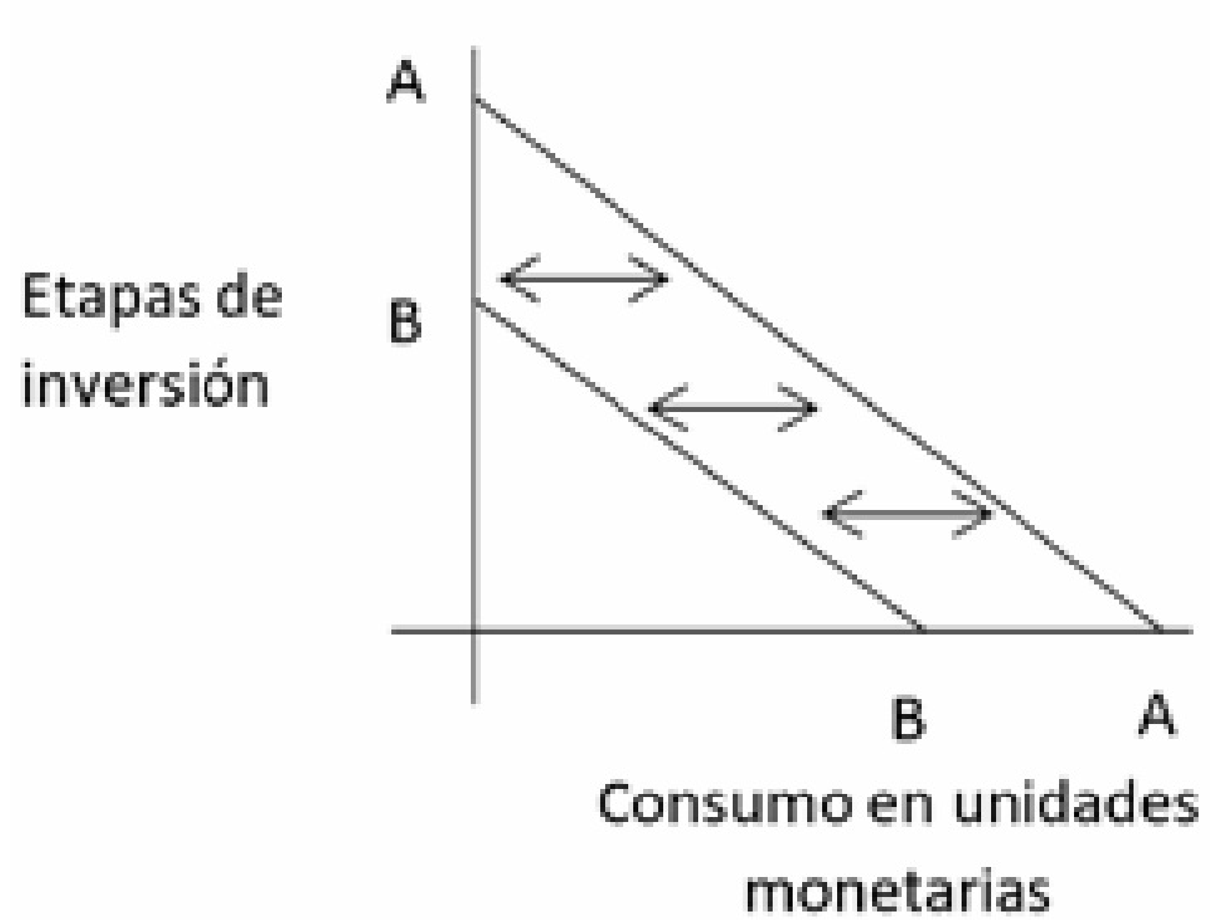
2. Existen sin embargo diferentes sectores, fundamentalmente relacionados con la etapa de consumo final, que ven drásticamente mermada su demanda más allá del fin del confinamiento y durante el periodo de tiempo, que puede llegar a ser de muchos meses[7], que sea preciso para superar la pandemia y recuperar la normalidad plena de movimientos previa a su estallido. Básicamente sectores como los de turismo, trasporte, hostelería y espectáculos, que son relativamente muy importantes en determinadas economías como la española, donde el turismo representa casi el 15 por ciento de nuestro PIB, requieren un cambio más profundo que el meramente pendular descrito en el punto anterior y que impacta en la estructura productiva durante un periodo de tiempo más prolongado (en torno a los dos años). Obviamente, a igualdad de circunstancias, si las economías domésticas consumen menos en trasporte aéreo, hoteles, restaurantes o teatros, consumirán más en otros bienes y servicios de consumo alternativo o sustitutivos, o dedicarán más renta a la inversión o incrementarán sus saldos de tesorería. Dejando de lado el posible aumento en la demanda de dinero, que discutiremos luego al hablar de la incertidumbre, es claro que la estructura productiva tendrá que adaptarse temporalmente a las nuevas circunstancias sacando el mejor partido posible de los recursos que sigan activos en los sectores afectados (al menos parcialmente) y, sobre todo, de los que queden forzosa y temporalmente desempleados y que tendrán que reasignarse a las líneas de producción alternativas en las que puedan encontrar un empleo provechoso (temporal o definitivo).

Así, por ejemplo, determinados restaurantes permanecerán abiertos contra viento y marea, reconvirtiendo su oferta (por ejemplo, haciendo comidas para ser entregadas a domicilio), reduciendo al máximo sus gastos (despidiendo personal o reconvirtiéndolo directa o indirectamente, por ejemplo en repartidores a domicilio, etc.) y ajustando sus obligaciones con proveedores con la finalidad de reducir al mínimo las pérdidas y el consumo de capital. De esta forma evitan tener que tirar por la borda los años invertidos en ganar reputación y acumular un equipo de capital de gran valor y difícilmente reconvertible, a la espera de que cuando cambien las circunstancias se encuentren mejor posicionados que sus competidores y con importantes ventajas competitivas cara a hacer frente a la previsible y renovada recuperación del sector. Otros empresarios optarán, por el contrario, por retirarse “a hibernar” cerrando temporalmente sus negocios, pero dejando las

correspondientes infraestructuras y contactos laborales preparados para reabrir tan rápidamente como les sea posible en cuanto las circunstancias lo permitan. Un tercer grupo, generalmente constituido por aquellos proyectos empresariales marginalmente menos rentables incluso en las circunstancias prepandémicas, se verá obligado a cerrar definitivamente sus negocios y a liquidar sus respectivos proyectos empresariales.

Todos estos movimientos y decisiones empresariales pueden y deben tomarse con relativa celeridad y minorando al máximo los costes, lo cual solo será posible en una economía dinámicamente eficiente, que impulse el libre ejercicio de la función empresarial y no la obstaculice con regulaciones perjudiciales, especialmente en el mercado laboral, e impuestos desincentivadores. Y es que obviamente, no serán ni el gobierno ni sus funcionarios, sino tan solo un ejército de empresarios, que a pesar de todas las adversidades, deseen seguir adelante confiando imperturbables en un futuro mejor y que mantengan con temple la confianza en que tarde o temprano este habrá de llegar, los que serán capaces de tomar las decisiones más adecuadas en cada momento y en sus circunstancias particulares de tiempo y lugar.

Gráfico 3.



Fuente: elaboración propia.

En términos de nuestro triángulo simplificado de estructura productiva lo más que puede representarse (ver gráfico 3), bajo el supuesto de que no se produce una mutación significativa en la tasa social de preferencia temporal, es un vaivén horizontal de la hipotenusa del correspondiente triángulo, primero hacia la izquierda, al recoger el impacto agregado de menor demanda en los sectores afectados (y en sus respectivos proveedores) y luego de nuevo hacia la derecha, conforme esa demanda sea sustituida por otra alternativa durante el periodo de meses en que se tarde en volver a una plena normalidad, y en la medida en que se recupere de nuevo gran parte de la demanda monetaria perdida por los mencionados sectores.

Obviamente, el gráfico no permite recoger las innumerables decisiones empresariales y movimientos reales de inversión que implica la rápida y flexible oscilación horizontal representada por las flechas de doble sentido. Pero sí permite visualizar el grave riesgo que supone el emprender políticas tendentes a rigidizar la estructura productiva, manteniendo, por un lado,

empresas “zombies” que deberían liquidarse cuanto antes, a la vez que se dificulta por vía regulatoria e impositiva, el efecto “rebote” hacia la derecha de la hipotenusa de nuestro triángulo. Y es que la intervención fiscal y regulatoria puede fijar indefinidamente la estructura productiva real en la posición BB impidiendo su rebote hacia la posición AA.

Ni que decir tiene que todos estos procesos de ajuste rápido y recuperación requieren un mercado laboral muy ágil y flexible en el que se pueda despedir y volver a contratar con gran rapidez y mínimo coste. Hay que recordar que, a diferencia de lo que sucedió en la Gran Recesión de 2008 (y en general tras todas las crisis financieras que siguen a procesos prolongados de expansión crediticia), en el caso de la actual Pandemia no se parte de una mala inversión generalizada de los recursos productivos (por ejemplo, en el sector de la construcción como sucedió en 2008) que podría justificar un importante volumen estructural de desempleo a largo plazo, sino que ahora es posible reasignar de forma sostenible, rápida y permanente la mano de obra y los factores de producción, para lo cual es imprescindible que los correspondientes mercados laborales y de factores de producción sean lo más libre y ágiles posibles.

3. Queda por analizar la posibilidad de que se produzcan y consoliden como definitivos determinados cambios en los hábitos de consumo de la población que requieran modificaciones permanentes en la estructura productiva de etapas de inversión en bienes de capital de la sociedad. Sobre estos efectos hay que indicar que en toda economía de mercado no intervenida la estructura productiva siempre se está adaptando de forma paulatina y no traumática a los cambios en los gustos y necesidades de los consumidores. Y aunque hay que reconocer que la pandemia puede provocar una aceleración en el descubrimiento y adopción definitiva de ciertos hábitos nuevos de conducta por parte de una mayoría de los consumidores (por ejemplo, en relación con la extensión generalizada del comercio electrónico, la mayor utilización de determinados medios de pago, o la generalización de videoconferencias en el mundo de los negocios y la enseñanza, etc.), en la práctica quizás se esté exagerando su impacto, sobre todo si se comparan estos supuestos cambios radicales, con los derivados desde comienzos del siglo XXI tanto de la aún mayor globalización mundial del comercio y de los intercambios, como de la revolución tecnológica que la ha acompañado y hecho posible. Todo ello ha permitido que salieran de la pobreza centenares de millones de seres humanos y la incorporación a los flujos de producción de miles de millones de personas (sobre todo de Asia y África) que hasta ahora

permanecían al margen de los circuitos productivos y comerciales propios de una economía de mercado. Se han desencadenado así las fuerzas productivas del capitalismo como nunca antes se había conocido en la historia de la humanidad y, a pesar del peso de la intervención y la regulación estatal que continuamente dificulta y lastra las alas del progreso, la humanidad ha logrado el gran éxito social y económico de alcanzar y mantener un volumen de población de 8 mil millones de seres humanos con un nivel de vida que hasta hace no muchas décadas ni siquiera podía concebirse[8]. Desde esta perspectiva, el impacto de la actual pandemia a largo plazo debe ser justamente minimizado en un contexto de cambios mucho más grandes y profundos a los que continuamente se adaptan sin mayores dificultades las economías de mercado, debiendo volver, por tanto, nuestro análisis al estudio de los efectos a corto y medio plazo de la actual Pandemia que por su mayor cercanía pueden considerarse ahora más relevantes.

1.3 Incertidumbre y demanda de dinero

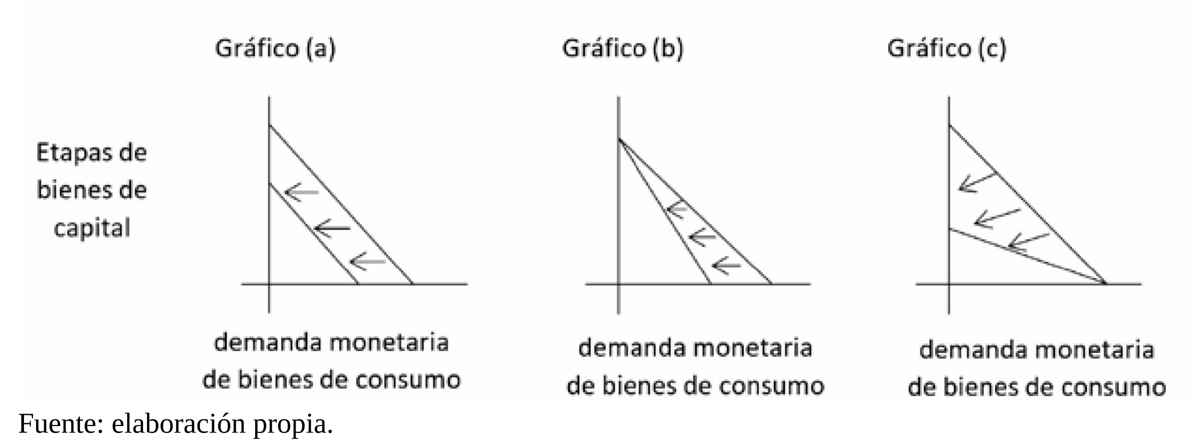
Vamos a terminar esta primera parte de nuestro trabajo refiriéndonos al impacto de la incertidumbre generada por la pandemia, sobre todo porque, como veremos en su última parte, ha hecho posible impulsar aún más unas políticas de intervención fiscal y, sobre todo, monetaria tan ultralaxas, que no tienen precedentes en la historia, y que suponen una gran amenaza y muy posiblemente no dejarán de tener graves consecuencias cuando se supere la actual pandemia.

En principio, el impacto de una pandemia sobre la incertidumbre y, por ende, la demanda de dinero puede oscilar entre dos extremos antagónicos. Por un lado se encuentra el caso de una pandemia tan grave que, como ya vimos que ocurrió con la peste bubónica en la Florencia de mediados del siglo XIV y que tan bien describe Boccaccio en el *Decamerón*, más que incertidumbre, dicha Pandemia produjo para una parte muy importante de la población la certidumbre de que tenía sus días contados y que, por tanto, su esperanza de vida se había reducido drásticamente. En estas circunstancias se entiende que la demanda de dinero se desplome y este pierda gran parte de su poder adquisitivo en un contexto en el que nadie desea desprenderse de bienes y prestar servicios cuya producción en gran parte se ha desplomado y que la mayoría desea consumir cuanto antes.

Más interés analítico tiene ahora a nuestros efectos el caso de pandemias como la actual, mucho menos graves y en las que, aunque no está en peligro la supervivencia de la mayor parte de la población, sí que se produce una escalada de incertidumbre, sobre todo durante los primeros meses, respecto de la extensión, evolución y rapidez de los contagios y de sus efectos económicos y sociales. Dado que los saldos de tesorería son el medio por antonomasia para hacer frente a la incertidumbre inerradicable del futuro, pues permiten que actores económicos y economías domésticas mantengan todas sus opciones abiertas pudiendo así adaptarse con gran rapidez y facilidad a cualquier circunstancia futura una vez que la misma se concrete, puede entenderse que el normal aumento de incertidumbre derivado de la actual pandemia haya venido acompañado de un concomitante incremento de la demanda de dinero y, por tanto, a igualdad de circunstancias, de su poder adquisitivo. Este efecto puede visualizarse (gráfico 4) con nuestros esquemas triangulares de estructuras productivas en términos de demanda monetaria, como un movimiento uniforme a la izquierda de la correspondiente hipotenusa, en caso de que no se modifique la tasa de preferencia temporal (gráfico “a”), o con movimientos a la izquierda con mayor inversión relativa (si los saldos de tesorería se acumulan disminuyendo el consumo, gráfico “b”), o con más consumo relativo (si el nuevo dinero se acumula vendiendo bienes de capital y activos financieros, pero no reduciendo el consumo, gráfico “c”):

Gráfico 4.

Tres posibles efectos sobre la estructura productiva producidos por el aumento de la demanda de dinero derivado de la Pandemia:



Fuente: elaboración propia.

Aunque cualquiera de estos tres resultados es teóricamente posible, lo más probable es que en las actuales circunstancias se haya producido una combinación de los mismos, y especialmente de las situaciones descritas en

(a) y (b). Por tanto, estos se habrán solapado sobre los que ya analizamos y recogimos en nuestros gráficos en los apartados anteriores y en los que, para hacer más fácil su comprensión y análisis separado, no tuvimos en cuenta para nada los efectos derivados del posible aumento de la demanda de dinero que, ahora sí, hemos dado entrada en nuestro análisis. Tres consideraciones de importancia deben hacerse sobre el aumento de la incertidumbre y la demanda de dinero derivados de la pandemia. En primer lugar, el incremento de incertidumbre (y concomitante aumento en la demanda monetaria) es temporal y de duración relativamente reducida, pues tenderá a revertirse tan pronto como surjan las expectativas de mejora en cuanto empiece a vislumbrarse "el final del túnel". Por tanto, y sin necesidad de esperar a que se complete el periodo de superación de la Pandemia (de entorno a los dos años) se producirá paulatinamente una vuelta a los niveles "normales" de incertidumbre, y con ella los movimientos descritos en los gráficos "a", "b" y "c" se revertirán en sentido contrario haciendo que la estructura productiva en términos monetarios vuelva a su situación previa.

En segundo lugar, en la medida en que los nuevos saldos monetarios se acumulen disminuyendo la demanda de bienes de consumo (gráficos "a" y "b") —y en todo caso ello es cierto que ocurra en relación con los sectores más afectados por las restricciones de movilidad (turismo, hotelería, etc.)— esta menor demanda monetaria de bienes de consumo tenderá a dejar un significativo volumen de los mismos sin vender que permitirá hacer frente, tanto a la ralentización de su producción derivada de los inevitables cuellos de botella y del confinamiento en mayor o menor medida de sus productores, como a la demanda derivada de la necesidad que tienen de seguir consumiendo todos aquellos que total o parcialmente han dejado de trabajar durante los primeros meses de impacto de la pandemia. Por tanto, el aumento de la demanda de dinero cumple una importante función de acomodamiento ante el shock de oferta que produce el confinamiento forzoso sobre la producción de los bienes de consumo, evitándose así que sus precios relativos se disparen en gran perjuicio de las más amplias capas de la población.

En tercero, y por último lugar, hay que señalar que la incertidumbre puede incrementarse aún más, e incluso prolongarse más allá de lo estrictamente necesario y que hubiese generado por sí sola la pandemia, como resultado del intervencionismo monetario, fiscal e impositivo de gobiernos y bancos centrales, que sin duda alguna y como veremos con más detalle en el tercer apartado, pueden generar un clima añadido de desconfianza empresarial que lastre la rápida recuperación del mercado y ponga plomo en las alas del

proceso empresarial de vuelta a la normalidad. Se podría así incluso reproducir el proceso perverso de feedback o retroalimentación que he estudiado con detalle en mi artículo sobre “La japonización de la Unión Europea”[9] y en el que la inyección masiva de oferta monetaria y reducción a cero de los tipos de interés por parte de los bancos centrales no produce efectos apreciables sobre la economía, y se autofrustra al quedar esterilizada por el simultáneo incremento de demanda monetaria derivado del nulo coste de oportunidad de mantenerse en liquidez y, sobre todo, del incremento adicional de incertidumbre que generan las propias políticas de mayor regulación económica, bloqueo de las reformas estructurales pendientes, subida de impuestos, intervencionismo y descontrol fiscal y monetario.

II. PANDEMIAS

BUROCRACIA Y COACCIÓN GUBERNAMENTAL SISTEMÁTICAS VERSUS COORDINACIÓN SOCIAL ESPONTÁNEA

2.1 El Teorema de la imposibilidad del socialismo y su aplicación a la crisis actual

La reacción de los diferentes gobiernos y autoridades públicas del mundo (y en especial de nuestro propio país, España) ante el surgimiento y evolución de la Pandemia de COVID-19, las medidas de intervención que han tomado de forma sucesiva, y el seguimiento de los efectos de las mismas, constituyen una oportunidad única para todo teórico de la economía que desee constatar, comprobar y aplicar en un caso histórico que nos es muy cercano y relevante, el contenido esencial y las principales implicaciones del “Teorema de la imposibilidad del socialismo” articulado por primera vez por Ludwig von Mises hace ya cien años[10]. Es cierto que el desmoronamiento de la extinta Unión Soviética y del socialismo real así como la crisis del Estado del Bienestar ya habían ilustrado suficientemente el triunfo del análisis de los economistas de la Escuela Austriaca en el histórico debate sobre la imposibilidad del socialismo. Pero la trágica irrupción de la pandemia de COVID-19 nos ha ofrecido un ejemplo real más, en este caso ahora mucho más concreto y próximo a nosotros, que de forma excelente ilustra y confirma lo ya indicado por la teoría, a saber: que es teóricamente imposible que un planificador central pueda dar un contenido coordinador a sus mandatos, no importa lo necesarios que parezcan, lo noble que sea el objetivo que se persiga ni la buena fe y esfuerzo que se hayan puesto en la consecución de los mismos[11].

Dado el impacto mundial de la actual pandemia, que ha afectado a todos los países con independencia de su tradición, cultura, nivel económico y sistema político, se evidencia la plena aplicabilidad del teorema descubierto por Mises a toda medida coactiva de intervención estatal, por lo que el mismo

se generaliza como “Teorema de la imposibilidad del estatismo”. Es cierto que existen diferencias notables en cuanto a las medidas de intervención llevadas a cabo por los distintos gobiernos. Sin embargo, aunque la gestión de unos y otros gobiernos haya podido ser mejor o peor, en realidad las diferencias han sido más de grado que de clase, pues los gobiernos no pueden disociarse de la esencia coactiva que llevan en su ADN, y que es su más íntima característica, y cuando la ejercen, y precisamente en la medida en que la ejerzan, surgen y se reproducen ineludiblemente todos los efectos negativos previstos por la teoría. No se trata, por tanto, de que unos gobernantes sean más ineptos que otros (lo cual es, sin duda, el caso en España[12]), sino de que todos ellos están abocados al fracaso cuando se empeñan en coordinar la sociedad utilizando su poder y mandatos coactivos. Y este es quizás el mensaje más importante que la teoría económica debe transmitir a la población: que los problemas surgen inevitablemente del ejercicio del poder coactivo de los estados, con independencia de que el político de turno lo pueda hacer mejor o peor.

Aunque este artículo trata con carácter general del análisis económico de las pandemias, nos vamos a centrar, casi exclusivamente, en las implicaciones de la actual pandemia cara al “Teorema de la imposibilidad del estatismo-socialismo”. Esto es así, no sólo por la proximidad cronológica y personal de los hechos para cualquier lector actual, sino además porque los modelos de intervención llevados a cabo en otras pandemias nos pillan muy alejados en la historia, y aunque también quepa identificar muchos de los fenómenos de los que recientemente hemos sido testigos (por ejemplo, la manipulación informativa de los estados aliados durante la pandemia de gripe de 1918, precisamente mal llamada “española” por este motivo), sin duda su valor añadido como ilustración del análisis teórico es hoy más reducido.

Como se explica con detalle en mi libro *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, y especialmente en su capítulo III que debe darse aquí por reproducido[13], la ciencia económica ha demostrado que es teóricamente imposible que el Estado pueda funcionar de una manera dinámicamente eficiente pues siempre se encuentra en una situación de ignorancia inerradicable que le imposibilita dar un contenido coordinador a sus mandatos. Y ello debido básicamente a los siguientes cuatro motivos, que enumeramos a continuación de menos a más importantes:

En primer lugar, dado el inmenso volumen de información y conocimientos que precisa, no de tipo técnico o científico, que también, sino, sobre todo, sobre infinidad de circunstancias personales y particulares de

tiempo y lugar (conocimiento "práctico"); en segundo lugar, dado el carácter esencialmente subjetivo, tácito, práctico y no articulable de dicha información o conocimiento, lo que determina su carácter intransferible al órgano estatal de decisión y planificación central; en tercer lugar, porque este conocimiento o información no está dado ni es estático, sino que, por el contrario está continuamente cambiando como consecuencia de la innata capacidad creativa del ser humano y la continua mutación de las circunstancias que le rodean, lo cual produce un doble efecto sobre las autoridades: siempre llegan tarde, pues para cuando digieren la escasa y sesgada información que reciben esta ya está obsoleta; y no pueden acertar con sus mandatos cara al futuro, pues éste depende de una información práctica que aún no ha surgido pues todavía no ha sido creada. Y, como hemos visto, en cuarto, y último lugar, no olvidemos que el Estado es coacción (esta es su más íntima característica) y, por tanto, al imponerse sus mandatos por la fuerza en cualquier parcela social, se obstaculiza e incluso bloquea la creación y surgimiento del conocimiento o información que precisamente el Estado necesita como "agua de mayo" para dar un contenido coordinador a sus mandatos. Se entiende ahora la gran paradoja del intervencionismo estatista[14] pues invariablemente tiende a producir unos resultados contrarios a los que se propone alcanzar. Así, con carácter típico y generalizado surgen por doquier los desajustes y descoordinaciones, el actuar sistemáticamente irresponsable por parte de la autoridad (que ni siquiera se da cuenta de lo ciega que está respecto de la información que no posee y los verdaderos costes en que incurre con sus decisiones), la generación continua de escasez, desabastecimiento y mala calidad de los recursos que trata de movilizar y controlar, la manipulación informativa para reforzarse políticamente y la corrupción de los principios esenciales del Estado de Derecho. El surgimiento de todos estos fenómenos se ha podido constatar de manera sucesiva, concatenada e inevitable desde que apareció la Pandemia y el Estado se movilizó para luchar contra ella y no resultan, repetimos, de una mala praxis de los gestores públicos sino que son inherentes al sistema basado en el uso sistemático de la coacción para planificar y tratar de solucionar los problemas sociales.

Por vía de ejemplo, recomendamos al lector que lea con detalle el trabajo de investigación elaborado por José Manuel Romero y Oriol Güell con el título de "El libro blanco de la Pandemia"[15], a la luz del análisis teórico que estamos presentando sobre la imposibilidad del estatismo. Prácticamente ahí se ilustran, paso a paso, todas las carencias e insuficiencias del estatismo, aunque los autores, periodistas de profesión, piensen ingenuamente que su

descripción de los hechos habrá de servir para evitar que se cometan en el futuro los mismos errores, sin que acierten a entender que estos tuvieron su origen, más que en errores políticos o de gestión, en la propia lógica del sistema de regulación, planificación y coacción estatal que siempre genera, por una u otra vía, los mismos efectos de descoordinación, ineficiencia e injusticia. Así, y como botón de muestra entre otros muchos ejemplos, podemos referir la cronología de los hechos perfectamente descrita por los autores, y las semanas preciosas que se perdieron cuando ya desde el trece de febrero de 2020, los médicos del hospital público de Valencia Arnau de Vilanova lucharon sin éxito por obtener autorización de las autoridades sanitarias de la Comunidad (y del Estado) para que se hicieran las pruebas de coronavirus a las muestras que habían tomado de un paciente de 69 años que había fallecido con síntomas que ellos sospechaban podían ser de COVID-19. Pero se estrellaron con la dura realidad: los correspondientes órganos de planificación central sanitaria (Ministerio de Sanidad en Madrid y Consejería de Salud de la Comunidad Autónoma) denegaron reiteradamente la autorización pues el paciente sospechoso (que muchas semanas después sí que se demostró que había fallecido por COVID) no reunía las condiciones que previamente (el 24 de enero) habían sido fijadas por la autoridad, a saber: haber viajado a Wuhan en los 14 días anteriores al inicio de los síntomas o haber estado en contacto con personas diagnosticadas con la enfermedad. Obviamente, en un sistema descentralizado de libertad de empresa y que no restringiera la iniciativa y creatividad de los actores implicados tal error garrafal no se habría producido, con lo cual se habrían ganado unas semanas claves de conocimiento de que el virus ya circulaba libremente por España y de medidas de prevención y lucha contra la pandemia (por ejemplo, se habrían podido cancelar, entre otras, las manifestaciones feministas del 8 de marzo).

También es muy notable el excelente libro de Mikel Buesa, que ya hemos citado[16], a la hora de exponer (especialmente en sus páginas 118 y ss.) la letanía de errores, descoordinaciones, corrupción, manipulación de la información, conculcación de derechos y mentiras que de manera ineludible y natural surgieron de la actividad de los diferentes niveles del Estado a la hora de enfrentarse a la pandemia. Así, por ejemplo, cómo “las órdenes de incautación del material sanitario fueron interpretadas, como es lógico, por los fabricantes españoles como un ataque a su economía empresarial, dando lugar a una paralización de la producción y de las importaciones” (p. 109), justo en el momento en el que más urgente era proteger del contagio a los

médicos y personal sanitario que se enfrentaban cada día a su trabajo sin los necesarios medios de protección. O, de qué manera las requisas que se produjeron en las aduanas por orden del Estado, hicieron que se perdieran pedidos de millones de mascarillas, cuando los correspondientes proveedores prefirieron enviarlas a otros clientes por miedo a que el Gobierno se incautara de la mercancía (ibídem). O el caso, uno entre muchos otros, del fabricante gallego que tenía paralizado su material en un almacén, por orden del Estado, sin que nadie se lo reclamara (pp. 110-111). O el caso de las empresas españolas especializadas en la fabricación de PCR y cuyas existencias y producción fueron intervenidas por el Estado, por lo que no pudieron fabricar más de 60 000 PCR diarias ni atender la demanda nacional y extranjera (p. 119); y ello agravado por el cuello de botella derivado de la inexistencia de bastoncillos de extracción de muestras, que se hubiera podido solucionar de inmediato de haber dejado libertad a los productores españoles (p. 114). O el desabastecimiento generalizado que presidió el mercado de mascarillas, geles desinfectantes y guantes de nitrilo como resultado de la regulación estatal y de la fijación de precios máximos, y todo ello durante los meses de máxima propagación del virus (p. 116)[17]. O como, de 971 millones de unidades de diferentes productos (mascarillas, guantes, batas, dispositivos de ventilación y diagnósticos, etc., etc.) que se habían adquirido desde el mes de marzo, a septiembre de 2020 solo se había logrado distribuir 226 millones, permaneciendo el resto almacenado “muerto de risa” en múltiples naves industriales (p. 118). Y así sucesivamente, en un rosario sin fin que más parece la descripción de las ineficiencias sistemáticas de producción y distribución en la extinta Unión Soviética durante el siglo pasado y que llevaron al desmoronamiento definitivo del régimen comunista a partir de 1989[18]. Y repetimos, todo esto se debió, no a la falta de trabajo, gestión e incluso buena fe de nuestros gobernantes, sino a su carencia de los más elementales conocimientos de economía (y ello a pesar de contar con profesores de filosofía e incluso con “doctores” en nuestra disciplina a la cabeza del Gobierno). Por lo que no debe extrañar que en un momento de máxima urgencia y gravedad apostaran, como siempre hacen los gobernantes, porque ese es precisamente su rol o papel en el entramado estatal, por la coacción, la regulación, la confiscación, etc., en vez de por la libertad de empresa, de producción y distribución, y de apoyar, en vez de obstaculizar, la iniciativa privada y el libre ejercicio de la función empresarial.

2.2 Otros efectos colaterales del estatismo previstos por la teoría

Aparte de los efectos básicos de desajuste, descoordinación, actuar irresponsable y carencia de cálculo económico, el estatismo genera toda una serie de efectos negativos adicionales que también pueden estudiarse en la parte final del capítulo III de mi libro sobre el *Socialismo*[19]. Así, otra característica típica del estatismo y de las autoridades que lo encarnan es su intento de aprovechar las crisis, en este caso la creada por la pandemia, no solo para mantener sino, sobre todo, para incrementar aún más su poder, valiéndose de la propaganda política para manipular e incluso engañar sistemáticamente a los ciudadanos con ese fin[20]. Por ejemplo, y ya desde el surgimiento de la pandemia, las autoridades chinas, primero trataron de ocultar el problema, persiguiendo y hostigando a los médicos que lo habían denunciado, y después emprendieron una descarada campaña de minoración de los fallecidos, ocultamiento y falta de transparencia que ha durado, al menos hasta hoy, pues en estos momentos (enero de 2021), es decir, más de un año después del surgimiento de la pandemia, el Gobierno Chino todavía no ha permitido el acceso a su país de la comisión internacional organizada por la Organización Mundial de la Salud (OMS) para investigar de forma independiente el verdadero origen de la pandemia.

En el caso del Estado español han quedado documentadas en los trabajos citados múltiples mentiras deliberada y sistemáticamente lanzadas en forma de propaganda política para manipular y engañar a la ciudadanía, de manera que esta no pudiera apreciar el verdadero coste de la gestión gubernamental. Entre ellas, por su importancia, destacamos las siguientes: primero, el número real de fallecidos (de acuerdo con Mikel Buesa solo se han reportado el 56,4 por ciento de un total hasta la fecha próximo a 90 000 —p. 76—); segundo, el total de realmente contagiados (dependiendo del momento de la pandemia entre cinco y diez veces más de los casos reportados); y tercero, los datos falsos, inflados en un 50 por ciento, facilitados deliberadamente por el Gobierno al *Financial Times* a finales de marzo 2020, sobre el número de pruebas PCR realizadas (355 000 en vez de las 235 000 reales) y después utilizados públicamente por el propio Gobierno para jactarse de ser uno de los países con más pruebas efectuadas (por ejemplo, p. 113 del libro de Buesa).

Hay que tener en cuenta que los Estados en general, y sus gobiernos en particular, siempre se centran en conseguir sus objetivos de una manera *extensiva y voluntarista*[21] al pretender que por la mera voluntad coactiva plasmada en sus mandatos y reglamentos se logren los fines propuestos.

Extensiva, en cuanto a que el logro de los objetivos perseguidos solo se valora en base a los parámetros más fácilmente medibles, en este caso el número de fallecidos que, curiosamente, se han minorado en las estadísticas oficiales, como hemos visto, en casi la mitad. Y en cuanto a la prostitución de la ley y la justicia, que también es típica consecuencia colateral del socialismo[22], Buesa documenta con detalle el abuso de poder y el uso torticero y anticonstitucional del Estado de Alarma, cuando lo que hubiera procedido era la declaración de un verdadero Estado de Excepción, con todas las garantías de control previstas en la Constitución, despreciándose así tanto el denominado "Estado de Derecho" como el contenido esencial de la misma (Buesa, pp. 96-108 y 122).

Mención aparte merece la dependencia y complicidad respecto del Estado de todo un corifeo de científicos, "expertos" e intelectuales, dependientes del poder político y que se dedica a dar un supuesto respaldo científico a todas las decisiones emanadas del mismo, utilizándose así la aureola de la ciencia para dejar desarmada e indefensa a la sociedad civil. Y es que la "ingeniería social" o socialismo cientista es una de las manifestaciones más típicas y perversas del estatismo pues, por un lado pretende justificar que los expertos, por su supuesto mayor nivel de formación y conocimientos, están legitimados para dirigir nuestras vidas y, por otro, se pretende bloquear cualquier queja u oposición, trayendo simplemente a colación el supuesto respaldo de la ciencia. En suma, los gobiernos nos hacen creer que, en virtud del supuesto mayor conocimiento y superioridad intelectual de sus asesores científicos respecto del resto de los ciudadanos de a pie, está legitimado para moldear la sociedad a su antojo mediante mandatos coactivos. En otro lugar[23] me he referido a la letanía de errores en que cae esta "borrachera de poder" alimentada por la fatal arrogancia de los "expertos" y técnicos, y que tiene su origen en el error fundamental de pensar que la información práctica dispersa que constantemente crean y transmiten los actores en el proceso social puede llegar a ser conocida, articulada, almacenada y analizada de manera centralizada por medios científicos, lo cual es teórica y prácticamente imposible[24].

2.3 Pandemias: sociedad libre y economía de mercado

No puede conocerse a priori cómo una sociedad libre, no atenazada por la coacción sistemática del intervencionismo estatal, se enfrentaría ante una

pandemia de la gravedad de la actual y que, sin duda alguna, no dejaría de tener también un profundo impacto sobre la misma en términos económicos y sanitarios. Pero es claro que la reacción del cuerpo social se basaría en la creatividad empresarial y en la solución, en términos de eficiencia dinámica, a la hora de detectar y superar los problemas conforme fueran presentándose. Y precisamente es este ímpetu de la creatividad empresarial el que nos impide conocer el detalle de las soluciones que se tomarían, pues la información empresarial que aún no ha sido creada por impedirlo la coacción estatal monopolista no puede saberse y conocerse hoy, aunque a la vez nos da la seguridad de que los problemas tenderían a ser detectados y resueltos de forma muy ágil y eficiente[25]. Es decir, como venimos analizando, justo al revés de lo que sucede con el Estado y con la acción combinada de sus políticos y burócratas, no importa la buena fe y el trabajo que pongan en sus esfuerzos. Y aunque no podemos siquiera imaginar la enorme variedad, riqueza e ingenio que se movilizarían en pos de hacer frente a los problemas derivados de una pandemia en una sociedad libre, disponemos de múltiples indicios que nos permiten hacernos una idea siquiera aproximada del escenario completamente diferente que surgiría en un entorno no coaccionado por el Estado[26].

Así, por ejemplo, frente a los confinamientos absolutos y omnicomprensivos —y el concomitante parón forzoso de la economía— (que tuvieron su origen, no debe olvidarse, nada más y nada menos que en la China comunista), en una sociedad libre preponderarían medidas mucho más descentralizadas y de tipo desagregado y “micro”, como los confinamientos selectivos a nivel de urbanizaciones (privadas), barrios, comunidades, empresas, residencias, etc. Frente a la censura durante las semanas clave de inicio de la Pandemia (y persecución de aquellos que la destaparon), la información se filtraría libre y eficientemente con enorme velocidad. Frente a la lentitud y torpeza a la hora de controlar, haciendo pruebas, a los posibles contagiados, ya desde un principio, los empresarios y propietarios de hospitales, residencias, aeropuertos, estaciones, medios de transporte, etc., por su propio interés y el de sus clientes, las introducirían de inmediato y con gran agilidad. Salvo en momentos muy puntuales, en una sociedad y mercado libres no surgirían problemas graves de desabastecimiento ni cuellos de botella. No se desaconsejaría el uso de mascarillas, cuando medio mundo viene utilizándolas con buenos resultados, ni después se impondría su uso de forma alocada en todas las circunstancias. El ingenio empresarial se centraría en probar, descubrir e innovar soluciones, de manera policéntrica y

competitiva y no como ahora en que la planificación central y monopolista del Estado bloquea y adormece la mayor parte del potencial creativo de la humanidad[27]. Y no mencionemos la enorme ventaja y diferencia a la hora de investigar y descubrir remedios y vacunas que tiene la iniciativa individual y la empresa privada, pues incluso en las actuales circunstancias los Estados se han visto obligados a recurrir a ellas para hacerse rápidamente con las mismas, ante el clamoroso fracaso de sus rimbombantes y bien financiados institutos públicos de investigación a la hora de ofrecer a tiempo soluciones efectivas[28]. Y lo mismo cabría decir respecto de la mucha mayor agilidad y eficiencia de las redes privadas de sanidad (compañías de seguros sanitarios, hospitales privados, instituciones religiosas, fundaciones de todo tipo, etc.), con la posibilidad adicional de extenderse con mucha mayor elasticidad y rapidez en épocas de crisis (ha de recordarse, por vía de ejemplo, que curiosamente, casi el 80 por ciento de los propios funcionarios del Estado —incluyendo a la vicepresidenta del Gobierno Socialista— eligen en libertad la sanidad privada frente a la pública, sin que injustamente se dé esta opción al resto de sus conciudadanos españoles, a pesar de lo cual, al menos una cuarta parte de los mismos han asumido el sacrificio que supone el coste adicional de contratarse una póliza privada de salud). Y así sucesivamente, etc., etc.[29]

2.4 Servilismo y obediencia ciudadana

Como conclusión de este apartado, quizás convendría plantearse el porqué, a pesar de todas las insuficiencias, carencias y contradicciones inherentes a la gestión estatal puestas de manifiesto por el análisis económico[30], sin embargo la mayor parte de los ciudadanos, seducidos por sus políticos y autoridades públicas, los siguen obedeciendo con tanta resignación como disciplina. Ya desde que apareció su *Discurso de la servidumbre voluntaria* en 1574, Etienne de la Boétie[31] identificó cuatro factores explicativos del servilismo ciudadano respecto de gobernantes y autoridades, que siguen teniendo aún hoy plena actualidad: la costumbre de obedecer a alguien que, aun de origen tribal y familiar, se extrapola a nivel de toda la sociedad; la perenne autopresentación del poder político con un marchamo “sagrado” (nombramiento divino en el pasado, soberanía popular y apoyo democrático hoy) que legitimaría la supuesta obligación de obedecer; la constante creación de un numeroso grupo de incondicionales (antes “guardias pretorianas”, hoy expertos, funcionarios, etc.) que dependen del poder político para subsistir y

continuamente lo apoyan, jalean y sustentan; la compra, en fin, del apoyo popular mediante la continua concesión de subvenciones (antes rentas y premios, hoy, por ejemplo, prestaciones del interesadamente denominado “Estado del Bienestar”), que hacen a los ciudadanos progresiva e irreversiblemente dependientes del poder político. Si a esto añadimos el miedo (que incita el propio estado) y que genera la petición de que el gobernante haga algo, especialmente en épocas de crisis graves (guerras, pandemias), se explica el crecimiento y consolidación del comportamiento servil por parte de los ciudadanos, y sobre todo en este tipo de situaciones. Pero a poco que se profundice en términos teóricos y filosóficos se pone de manifiesto la falta de legitimidad moral y ética de la autoridad especial que se atribuye al Estado. Así lo ha demostrado, entre muchos otros y por ejemplo, Michael Huemer en su libro titulado *El problema de la autoridad política*[32]. Obviamente no podemos aquí desarrollar este grave problema que es la base, sin duda alguna, de la principal crisis social de nuestro tiempo (y, en cierto sentido, de todos los tiempos). Pero en el contexto del análisis económico de las pandemias que estamos efectuando, lo que sí podemos constatar es que existe un “virus” incluso aún más letal que el de la actual pandemia, y que no es otro que el estatismo “que infecta el alma humana y nos ha contagiado a todos”[33].

III. LA PANDEMIA COMO PRETEXTO PARA LA PROFUNDIZACIÓN EN EL DESCONTROL FISCAL Y MONETARIO DE GOBIERNOS Y BANCOS CENTRALES

3.1 La eficiencia dinámica como condición necesaria y suficiente para que la economía se recupere de una pandemia

Toda economía que se vea afectada por una pandemia requiere una serie de condiciones que permitan, en un primer momento, su adaptación a las nuevas circunstancias con el mínimo coste posible, y una vez superada la pandemia, el inicio de una recuperación sana y sostenible. Ya hemos visto en la primera parte de este trabajo los posibles impactos estructurales que puede generar una pandemia a corto, medio y, eventualmente, a largo plazo y el papel que el natural incremento de incertidumbre que genera la pandemia tiene en un primer momento sobre el aumento de la demanda de dinero y su poder adquisitivo: en un entorno de confinamientos (sectoriales o generalizados) en el que temporalmente se paralice la actividad productiva es especialmente importante que se produzca una concomitante disminución de la demanda, para liberar bienes y servicios de consumo que permitan atender el mínimo que necesiten seguir consumiendo todos aquellos que se vean forzados a suspender su actividad productiva y laboral. Es decir, el aumento de los saldos de tesorería y la reducción de los precios nominales facilitan la adaptación de los consumidores y agentes económicos a las difíciles circunstancias, a la vez que hacen posible una rápida respuesta de todos ellos, una vez que se vea el final del túnel y la confianza empiece a recuperarse. Pero, en todo caso, es preciso que la economía sea "dinámicamente eficiente"[34] para que sea capaz de descubrir las oportunidades que comiencen a surgir y haga posible su aprovechamiento y el comienzo del

despegue de la recuperación. Las condiciones de la eficiencia dinámica vienen dadas por todo aquello que haga posible y facilite el libre ejercicio de la función empresarial, a la vez creativa y coordinadora, de todos los agentes económicos de manera que sean capaces de movilizar los recursos económicos disponibles hacia nuevos proyectos de inversión rentables y sostenibles y que se centren en la producción de los bienes y servicios que satisfagan las necesidades de los ciudadanos y que sean demandados autónomamente por estos a corto, medio y largo plazo. En un contexto de economías fuertemente intervenidas, como en el que nos encontramos, ello exige que se desenvuelva con toda agilidad el proceso de formación y fijación de los precios propios del sistema de libre empresa, para lo cual hay que liberalizar al máximo los mercados y, en especial, el mercado laboral y el del resto de los factores de producción, eliminando todas las regulaciones que rigidizan la economía. Adicionalmente es preciso que no se dilapiden por el sector público los recursos que necesitan las empresas y los agentes económicos, primero para hacer frente a los estragos de la pandemia y sobrevivir, y después para cuando las cosas mejoren echar mano de todos los ahorros y recursos ociosos disponibles para construir la recuperación. Es, por tanto, imprescindible proceder a una reducción generalizada de impuestos que deje el máximo de recursos en los bolsillos de los ciudadanos y, sobre todo, que libere al máximo de gravamen a los beneficios empresariales y a la acumulación de capital. Hay que recordar que los beneficios son la señal imprescindible que guía a los empresarios en su insustituible labor creativa y coordinadora a la hora de detectar, emprender y culminar proyectos de inversión rentables y sostenibles que generen empleo permanente.

Y promover, y no castigar fiscalmente la acumulación del capital, es necesario si se quiere favorecer a las clases trabajadoras, y especialmente a las más vulnerables, pues el salario que cobran viene determinado, en última instancia, por su productividad que será tanto mayor cuanto más elevado sea el volumen per cápita de capital, en forma de bienes de equipo cada vez más cuantiosos y sofisticados puestos a su disposición por los empresarios. Y en cuanto al mercado laboral deberán de evitarse todo tipo de regulaciones que reduzcan su oferta, movilidad y plena disponibilidad para reincorporarse de forma rápida y ágil a los nuevos proyectos de inversión. Por tanto, son especialmente perjudiciales la fijación de salarios mínimos, la rigidización y sindicalización de las relaciones laborales en el seno de la empresa, la obstaculización y sobre todo la prohibición legal de efectuar despidos, y la creación de subsidios y ayudas (en forma de expedientes de regulación de

empleo temporal, subsidios de desempleo, ingreso mínimo vital) que de forma combinada pueden desincentivar la búsqueda y el deseo de encontrar trabajo y colocarse, si es que se hace evidente que para muchos es más interesante vivir de los subsidios, sin trabajar oficialmente, dedicando su esfuerzo a la economía sumergida[35].

Todas estas medidas y reformas estructurales han de combinarse con la necesaria reforma del Estado de Bienestar dirigida a devolver la responsabilidad de las pensiones, sanidad, y educación a la sociedad civil, permitiendo que aquellos que lo deseen subcontraten en el sector privado sus prestaciones con la correspondiente deducción fiscal (ya hemos indicado en el apartado anterior como casi el 80 por ciento de los millones de funcionarios españoles optan cada año en libertad por la sanidad privada frente a la pública; por algo será…).

Es bastante clara, por tanto, la hoja de ruta de la política económica más adecuada para enfrentarse a una pandemia y, sobre todo, recuperarse de la misma. Sus principios esenciales son ampliamente conocidos unos, e incluso un “secreto a voces” otros, estos últimos especialmente por parte de todos aquellos que caen en la trampa de alimentar la demagogia populista creando expectativas falsas e irrealizables entre una población tan atemorizada y desorientada como la que comprensiblemente surge en épocas de pandemia[36].

3.2 Agotamiento de la política monetaria ultralaxa durante los años previos a la pandemia

Centrándonos ahora en la actual Pandemia de COVID-19, que venimos analizando como principal ilustración en este trabajo, cabe destacar una peculiaridad muy importante que viene a condicionar y sesgar más negativamente de lo que sería necesario el futuro de su evolución económica. En efecto, esta pandemia surge y se extiende por todo el mundo a partir de 2020 en un contexto en el que, previamente, y desde hacía muchos meses antes e incluso años, y so pretexto primero de ayudar a la incipiente recuperación tras la Gran Recesión de 2008, y después para hacer frente a las supuestas o reales incertidumbres que siempre van surgiendo (proteccionismo populista de Trump, Brexit, etc.), los bancos centrales de todo el mundo ya habían iniciado una política monetaria ultralaxa, de tipos de interés nulos e incluso negativos y de inyección monetaria, que por su grado de intensidad,

extensión y coordinación internacional nunca se había visto antes en la historia económica de la humanidad.

En mi artículo sobre "La japonización de la Unión Europea"[37] explico cómo las políticas monetarias ultralaxas emprendidas por los bancos centrales con anterioridad al surgimiento de la Pandemia han tenido un efecto autofrustrante. Por un lado, y en primer lugar, han fracasado ostensiblemente a la hora de hacer subir los precios hasta un nivel próximo al dos por ciento. En efecto, la inyección monetaria masiva ha quedado en gran medida esterilizada, en un entorno de gran rigidez institucional e incertidumbre, por un concomitante y generalizado incremento en la demanda de dinero por parte de los agentes económicos al reducirse a cero el coste de oportunidad de mantener saldos de tesorería; además de no surgir claras oportunidades de inversión sostenible en un marco de constante regulación e intervencionismo económico que lastra las expectativas de beneficio e impide que se recupere totalmente la confianza perdida a partir de la Gran Recesión de 2008. Y, por ello, tampoco ha podido culminarse el necesario saneamiento de todos los errores de inversión cometidos en los años de burbuja y expansión crediticia previos a 2008. Por otro lado, y en segundo lugar, en el momento en que los bancos centrales emprendieron sus políticas de inyección monetaria masiva, "quantitative easing" y reducción a cero de los tipos de interés se eliminaron "ipso facto" todos los incentivos que podían tener los diferentes gobiernos (de España, Italia, Francia, etc.) para iniciar o culminar las reformas económicas, regulatorias e institucionales que tienen pendientes y que son imprescindibles para impulsar un entorno de confianza en el que los empresarios, libres de ataduras y obstáculos innecesarios, puedan dedicarse a desarrollar su creatividad y a invertir a largo plazo generando puestos de trabajo sostenibles. En efecto, ¿qué gobierno va asumir el elevado coste político de, por ejemplo, sanear sus cuentas y liberalizar el mercado de trabajo si, de facto, no importa el déficit en que incurra, este será financiado directa o indirectamente y a coste cero, es decir, completamente monetizado, por el Banco Central? Así, por ejemplo, el Banco Central Europeo ya es titular de casi la tercera parte de la deuda soberana emitida por los estados miembros de la Eurozona y desde el momento en que empezó su política de compras indiscriminadas de la misma, detuvo todo el proceso de reformas económicas e institucionales que necesitaban "como agua de mayo".

La conclusión de la teoría económica no puede ser más clara: en un entorno de gran rigidez institucional e intervencionismo económico, las políticas monetarias ultralaxas sólo sirven para mantener indefinidamente la

rigidez y atonía de las economías afectadas y para incrementar el endeudamiento de los respectivos sectores públicos hasta límites muy difícilmente sostenibles.

3.3 Reacción de los bancos centrales ante el surgimiento por sorpresa de la pandemia

Y es sobre este escenario económico tan preocupante, en el que los bancos centrales prácticamente ya habían agotado todo su arsenal de "armas no convencionales" de política monetaria ultralaxa, cuando surge por sorpresa la pandemia de COVID-19 a partir de enero de 2020. La reacción de las autoridades monetarias ha consistido, simplemente, en más de lo mismo: redoblar la inyección monetaria, aún más si cabe, no sólo incrementando sus programas de adquisición de activos financieros (cuyo precio para regocijo de los grandes inversores como fondos de inversión, *hedge funds*, etc., no ha dejado de crecer, incrementando de esta forma aún más los bancos centrales la fortuna de unos pocos, cuando la economía de la mayor parte de los ciudadanos se contrae y entra en recesión), sino que además, empieza de facto a distribuirse de manera creciente el nuevo dinero, a través de ayudas y subsidios directos que se financian vía déficit público monetizado, de forma que ya empieza a llegar directamente al bolsillo de las propias economías domésticas una parte importante del nuevo dinero creado. Pero ya sabemos, al menos desde Hume[38] en 1752, que la mera distribución paritaria de unidades monetarias entre la ciudadanía carece de efectos reales[39]. Por este motivo las autoridades monetarias en el fondo no quieren ni oír hablar del famoso "helicóptero de Friedman" como instrumento de su política monetaria, pues esta solo produce efectos aparentes de expansión cuando son sólo unos pocos sectores, empresas y agentes económicos los que reciben en un primer momento el nuevo dinero, con todas las consecuencias colaterales de incremento de la desigualdad en la distribución de la renta a favor de unos pocos que ya hemos mencionado en relación con los efectos de las políticas de "quantitative easing" como factor determinante del enriquecimiento de los actores en los mercados financieros. Pero, en todo caso, lo que es incuestionable es que, tarde o temprano, el nuevo dinero, en la medida en que no sea esterilizado por unos bancos privados[40] y sectores empresariales desmotivados, terminará llegando al bolsillo de los consumidores y generando tensiones inflacionistas, conforme se manifieste el efecto Hume de pérdida

inexorable del poder adquisitivo de la unidad monetaria. Y este efecto se hará cada vez más evidente conforme se vaya superando la incertidumbre inicial de las economías domésticas y estas consideren que no es preciso mantener saldos de tesorería tan elevados, o simplemente se vean obligadas a gastar el dinero que reciben en forma de subsidios para subsistir mientras sus miembros están desempleados y no puedan producir. En todo caso todo apunta en la misma dirección: una creciente demanda monetaria sobre una producción contraída como consecuencia de la Pandemia lleva inexorablemente a una creciente presión al alza de los precios[41]. Y esto es, precisamente, lo que ya empieza a constatarse en el momento de escribir estas líneas (enero 2021). Por ejemplo, el precio de los productos agrícolas no deja de subir y ha alcanzado su máximo en tres años; y lo mismo está sucediendo con los fletes y con muchas otras materias primas (minerales, petróleo, gas natural, etc.) que están alcanzando precios muy elevados, incluso récord…

3.4 El callejón sin salida en que se encuentran los bancos centrales

La conclusión no puede ser más clara. Los bancos centrales se han metido en un verdadero callejón sin salida. Si huyen hacia adelante e impulsan aún más su política de expansión monetaria y monetización de un déficit público que no deja de aumentar, corren el riesgo de generar una grave crisis de deuda pública e inflación. Pero si, ante el miedo de pasar del escenario de "japonización" previo a la pandemia a un escenario próximo a la "venezuelización" con posterioridad a ella, detienen su política monetaria ultralaxa, entonces de inmediato se hará evidente la sobrevalorización de los mercados de deuda pública y se generará una importante crisis financiera y recesión económica, tan dolorosa como saludable a medio y largo plazo. Y es que, como demuestra el "Teorema de la imposibilidad del socialismo", es imposible que los bancos centrales (verdaderos órganos de planificación central financiera) sean capaces de acertar en la política monetaria más conveniente para cada momento.

Ante lo obvio de la actual dificilísima tesitura es muy ilustrativo observar las recomendaciones y reacciones, que de manera cada vez más nerviosa e inquieta (yo incluso diría "histérica"), vierten los inversores, "expertos", comentaristas, e incluso los responsables económicos y autoridades monetarias más renombrados.

Así, por ejemplo, continuamente se publican nuevos artículos y comentarios, especialmente en los periódicos “asalmonados”, liderados por el *Financial Times*, tendentes siempre a tranquilizar a los mercados y que invariablemente envían el mensaje de que los tipos de interés nulos (e incluso negativos) permanecerán así durante muchos años más, pues los bancos centrales no van a cejar en sus políticas monetarias ultralaxas, por lo que los inversores pueden estar tranquilos y seguir enriqueciéndose operando y comprando en los mercados de renta fija. Los bancos centrales, a su vez, poniéndose la venda antes de la herida, anuncian la revisión de sus objetivos de inflación, con el objetivo de “flexibilizarlos” (obviamente al alza), so pretexto de compensar así los años en que se han visto incapaces de alcanzarlos, y para justificar no tomar medidas de control monetario incluso aunque se dispare la inflación[42]. Otros asesores de las autoridades monetarias incluso proponen abandonar el objetivo de inflación para introducir directamente como objetivo el mantener una determinada curva de tipos especialmente reducida (es decir, de tipos nulos e incluso negativos durante muchos años de la curva de tipos, para lo cual se efectuarían todas las operaciones de “mercado abierto” que fueran precisas). Y todo ello jaleado por los corifeos de la denominada “Modern Monetary Theory” que, a pesar de su denominación, ni es moderna ni es teoría monetaria, sino tan solo un popurrí de viejas recetas keynesianas y mercantilistas más propias de arbitristas de siglos pasados (pues mantienen que el déficit es irrelevante pues puede financiarse sin límite emitiendo deuda y monetizándola) que de verdaderos teóricos de nuestra disciplina, y que está haciendo estragos entre nuestros responsables económicos y monetarios[43]. Y así llegamos a la última de las “ocurrencias” que está alcanzando una creciente popularidad: la condonación de la deuda pública adquirida por los bancos centrales (y que, como hemos visto, ya se aproxima a un tercio de la total).

Ante todo, es obvio que aquellos que de manera creciente se han sumado al corifeo a favor de esta condonación se ponen en evidencia, pues si como afirman, los bancos centrales siempre van a recomprar la deuda que se emita para hacer frente a los vencimientos que vayan llegando a un tipo de interés cero, no se precisaría entonces condonación alguna por su parte. El mero hecho de que se pida precisamente ahora esta condonación pone de manifiesto su nerviosismo ante las crecientes señales de repunte inflacionario, y su concomitante temor a que los mercados de renta fija se hundan y vuelvan a subir los tipos de interés. En estas circunstancias para ellos sería clave que la presión sobre los gobiernos manirrotos se viera suavizada con una

condonación que equivaldría a una quita próxima al tercio del total de deuda por ellos emitida y que solo perjudicaría a una institución tan abstracta y alejada para la generalidad del público como es el banco central.

Pero las cosas no son tan fáciles como parecen. De llevarse a cabo una condonación como la que ahora se solicita se haría evidente lo siguiente. Primero, que los bancos centrales se han limitado a crear dinero y a inyectarlo en el sistema a través de los mercados financieros enriqueciendo desorbitadamente a unos pocos sin conseguir a la larga efectos reales apreciables (al margen de la artificial reducción de los tipos de interés y de la simultánea destrucción de la asignación eficiente de los recursos productivos[44]). El clamor popular en contra de esta política alcanzaría tal magnitud de llevarse a cabo esta condonación, que los bancos centrales, en segundo lugar, perderían no sólo toda su credibilidad[45] sino también la posibilidad de repetir en el futuro sus políticas de compras de mercado abierto (“quantitative easing”), viéndose obligados por las circunstancias a limitarse a efectuar las inyecciones monetarias directamente a los ciudadanos (“helicóptero de Friedman”), las únicas “equitativas” desde el punto de vista de sus efectos sobre la distribución de la renta, pero que al carecer de efectos reales de expansión constatables a corto plazo, supondrían la muerte definitiva de la capacidad de los bancos centrales de influir en las economías del futuro de una forma apreciable con su política monetaria.

Y es en este contexto en el que la única recomendación sensata que se puede dar a los inversores es que vendan todas sus posiciones en renta fija cuanto antes, pues no se sabe por cuánto tiempo más los bancos centrales seguirán manteniendo de forma artificial un precio de la misma tan desorbitado como jamás se ha visto en la historia de la humanidad. Y de hecho existen indicios más que suficientes de que los inversores más alerta, tipo *hedge funds* y otros, utilizando derivados y otras técnicas sofisticadas, ya están apostando por el derrumbe de los mercados de renta fija, a la vez que oficialmente no dejan de filtrar en los medios mensajes y recomendaciones tranquilizadoras, utilizando a los comentaristas más prestigiosos[46], como no podía ser de otro modo, pues desean “salirse” de los mercados de deuda sin que se note y al precio más alto posible.

3.5 La “traca final” de gasto público

Y así llegamos a la última receta que se propone con carácter fundamental para salir de la crisis generada por la pandemia y recuperar la normalidad: nada de sanear las cuentas públicas, ni de adelgazar el gasto público improductivo de las mismas; nada de reducir la presión fiscal ni aligerar la carga burocrática y regulatoria a los empresarios para que estos recobren la confianza y se lancen a invertir. Nada de eso, sino todo lo contrario: recurrir al máximo a la política fiscal incrementando el gasto público todavía más y de manera desorbitada, eso sí, se dice, dando prioridad a las inversiones medioambientales, en digitalización e infraestructuras. Pero este nuevo coletazo de la política fiscal es procíclico y perturbadoramente contraproducente. Así, por ejemplo, cuando lleguen a partir del próximo verano de 2021 el "maná" de los 140 000 millones de euros concedidos por la Unión Europea a España a fondo perdido (de un programa total de 750 000 millones organizado por las autoridades de la Unión y ampliable hasta 1,85 billones en forma de préstamos), es más que probable que tanto la economía de España, como las del resto de la Unión Europea, ya se estén recuperando de forma autónoma, por lo que esos fondos absorberán y desviarán recursos escasos que son imprescindibles para que el sector privado puedan iniciar y culminar los necesarios proyectos de inversión que, por su verdadera rentabilidad puedan generar por sí solos, y sin ayudas públicas, un elevado volumen de empleo sostenible a corto, medio y largo plazo, y que contrasta con el empleo siempre precario y dependiente de decisiones políticas que genera el gasto público consuntivo aunque sea en proyectos faraónicos de "transición" ecológica y digital. Y ello sin que sea preciso mencionar la consustancial ineficiencia del sector público a la hora de canalizar los recursos que se reciban y la inevitable politización en el reparto de los mismos, siempre muy vulnerable a la búsqueda y mantenimiento del correspondiente clientelismo político. Todos recordamos, por ejemplo, el mayúsculo fracaso del denominado "Plan E" de inyección de gasto público promovido por la administración del gobierno socialista de Zapatero para hacer frente a la Gran Recesión de 2008. O el lamentable fracaso de la política fiscal de gran incremento de gasto público en Japón, que no ha tenido más efectos apreciables que el de convertir a ese país en el más endeudado del mundo. En fin, la historia se repite una y otra vez.

CONCLUSIÓN

No existen atajos milagrosos para salir de una crisis tan grave como la generada por la actual pandemia. Aunque los gobiernos y autoridades monetarias se esfuercen por presentarse ante la ciudadanía como sus imprescindibles “salvadores”, gracias a su esfuerzo y actividad frenética haciendo cosas aparentemente beneficiosas. Aunque unos y otros sistemáticamente oculten su intrínseca incapacidad, tal y como ha puesto de manifiesto la Escuela Austriaca, para acertar y hacerse con la información que necesitan para dar un contenido coordinador a sus mandatos. Aunque sus acciones sean sistemáticamente irresponsables y contraproducentes por dilapidar los recursos escasos de la sociedad e imposibilitar la correcta asignación de recursos y el cálculo económico racional en los procesos de inversión. A pesar de todo ello, es decir, a pesar de los gobiernos y bancos centrales, de aquí a pocos años la Pandemia de COVID-19 será simplemente un triste recuerdo histórico que pronto será olvidado por las generaciones futuras, de la misma manera que nadie recordaba ya los muchos mayores estragos sanitarios y económicos producidos por la “gripe española” hace un siglo. Ahora, como entonces, saldremos adelante como resultado de nuestro esfuerzo individual y colectivo, tratando de sacar adelante con creatividad nuestros proyectos vitales en los resquicios de libertad de empresa y mercado no intervenido que, a pesar de todo, sigan abiertos.



JESÚS HUERTA DE SOTO BALLESTER (Madrid, España, 1956) es economista, filósofo y empresario. Catedrático de Economía Política en la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid y uno de los economistas más representativos de la moderna Escuela Austriaca de economía.

Entre sus más reconocidas aportaciones intelectuales se encuentran su estudio sobre la función empresarial y la imposibilidad del socialismo, expuesto en su libro *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, así como sus desarrollos de la teoría austríaca del ciclo económico expuestos en su libro *Dinero, crédito bancario y ciclos económicos*, y de la teoría de la eficiencia dinámica, incluida en su libro *Ensayos de economía política*. Huerta de Soto defiende que el análisis de la realidad social exige combinar adecuadamente los siguientes tres enfoques: teórico (von Mises), histórico-evolutivo (Hayek) y ético (Rothbard).

Huerta de Soto afirma la superioridad teórica del anarcocapitalismo sobre el liberalismo clásico. También sostiene la necesidad de la completa liberalización económica y del cambio total del actual sistema financiero: regreso al patrón oro y coeficiente de caja de bancos del 100 % para depósitos a la vista. Huerta de Soto comparte con otros pensadores, como Murray Rothbard, la tesis de que la Escuela de Salamanca en el Siglo de Oro es un precedente filosófico, jurídico y económico de la Escuela Austriaca en

general, y del liberalismo económico en particular, siendo la cuna de lo que hoy llamamos ciencia económica. En el panorama de crisis económica y financiera europea, ha defendido el euro por actuar como un «proxy» del patrón oro, capaz de disciplinar a políticos, burócratas y grupos de interés.

Las obras de Huerta de Soto se han traducido a 21 idiomas incluyendo el ruso, chino, japonés y árabe. Es fundador y director de la revista académica *Procesos de Mercado: revista europea de economía política*. Asimismo, dirige el único Máster Oficial en economía de la Escuela Austríaca.

Las 43 lecciones de su curso de *Introducción a la Economía* fueron grabadas y subidas a internet entre 2009 y 2010. Siendo de acceso libre, han servido desde entonces a miles de alumnos de todo el mundo para iniciarse en el estudio de la Economía a su propio ritmo y de manera gratuita.

Notas

[1] El autor de estas líneas siempre recordará el relato de su amigo Arthur Seldon sobre como perdió a sus padres. Seldon, tras graduarse en la London School of Economics fue, junto con lord Harris of High Cross, el primer Director general del Institute of Economics Affairs (IEA) de Londres, distinguido miembro de la Mont Pelerin Society y gran polígrafo y defensor de la economía de mercado. Sus dos padres fallecieron —con treinta años de edad— cuando él era muy niño, como consecuencia de la gripe española, y en un corto intervalo de tiempo. Arthur Seldon quedó, por tanto, huérfano con dos años de edad y fue adoptado por otros padres. Con los años Seldon supo superar esta traumática experiencia, que le dejó no obstante y como secuela permanente una tartamudez que no le abandonaría en el resto de su vida, y pese a la cual llegó a convertirse en uno de los economistas más brillantes de Reino Unido, en gran medida inspirador de la revolución conservadora de Margaret Thatcher iniciada a partir de finales de los años setenta del siglo pasado. Véase, Arthur Seldon, *Capitalismo*, Unión Editorial, Madrid 1994, especialmente páginas 58 y 77. <<

[2] Véase, por ejemplo, Murray N. Rothbard, *La Gran Depresión*, Unión Editorial, Madrid 2013. <<

[3] Véase, por ejemplo, el caso de Carlo María Cipolla, comentando los efectos de la peste negra del siglo XIV en su libro *El gobierno de la moneda: ensayos de historia monetaria*, Editorial Crítica, Barcelona 1994, pp. 147-152, y mi crítica a Cipolla en *Dinero, crédito bancario y ciclos económicos*, séptima edición, Unión Editorial, Madrid 2020, pp. 60-61 y especialmente la nota 56. La paranoia destruccionista alcanza, sin embargo, su cenit con Paul Krugman que llegó a afirmar en su artículo “Oh! What a Lovely War” publicado en 2011 que “La Segunda Guerra Mundial es el gran experimento natural sobre los efectos que acarrea un gran incremento del gasto público, y como tal siempre ha servido como un importante ejemplo positivo (!) para todos aquellos que defendemos una actitud activista frente a una economía deprimida”. Citado por J. R. Rallo en su prólogo a *La Gran Depresión*, ob. cit., pp. XXVI-XXVII. <<

[4] "Todos, como si esperasen ver venir la muerte en el mismo día, se esforzaban con todo su ingenio no en contribuir a los futuros frutos de los animales y de la tierra y de sus pasados trabajos, sino en consumir los que tenían a mano". G. Boccaccio, *El Decamerón*, Primera Jornada, final del segundo párrafo, y mis comentarios a lo indicado por John Hicks al respecto (*Capital and Time: A Neo-Austrian Theory, Clarendon*, Oxford 1973, pp. 12-13) incluidos en Jesús Huerta de Soto, *Dinero, crédito bancario y ciclos económicos*, 7.ª edición, Unión Editorial, Madrid 2020, pp. 61 y 276. <<

[5] Ibidem, pp. 275-276. <<

[6] Al margen, claro está, de los que ya existieran antes de la Pandemia y quedaron pendientes de liquidación o reconversión. <<

[7] En la llamada “gripe española” este periodo fue de algo más de dos años. En la actual Pandemia de COVID-19, y a pesar de las vacunas, creemos que esta segunda fase tendrá una duración similar, si acaso de algunos meses menos. <<

[8] Véase, entre otros muchos estudios, el de Hans Rosling, *Factfulness*, Sceptre, Londres 2018. <<

[9] Jesús Huerta de Soto, “La japonización de la Unión Europea”, Procesos de Mercado, Vol. XVI, n.º 2, otoño 2019, pp. 317 a 342. <<

[10] Ludwig von Mises, “Die Wirtschaftsrechnung im sozialistischen Gemeinwesen”, Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik, n.º 47, 1920, pp. 86-121. <<

[11] Otra ilustración histórica concreta, en este caso acaecida al otro lado del telón de acero durante los últimos años de comunismo soviético, fue la explosión de la central atómica de Chernóbil el 26 de abril de 1986, que ha dado lugar a ríos de tinta en comentarios y análisis, y cuyo contexto y principales vicisitudes están admirablemente expuestos en la serie Chernóbil producida y distribuida en cinco capítulos por HBO-SKY a partir de 2019, y que se ha convertido en la miniserie televisiva más valorada de la historia. **<<**

[12] Véase, por ejemplo, Mikel Buesa, *Abuso, de poder: el coronavirus en España*. *Incompetencia y fracaso en la gestión de la crisis*, Marcial Pons, Madrid 2020. <<

[13] Jesús Huerta de Soto, *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, 6.ª edición, Madrid 2020, especialmente pp. 87-155. <<

[14] “La irresoluble paradoja del estatismo es que cuanto más se empeña el órgano director en planificar o controlar una determinada parcela de la vida social, menos posibilidades tendrá de lograr sus objetivos, al no poder hacerse con la información necesaria para organizar coordinadamente la sociedad, creando además nuevos y más graves desajustes y distorsiones, precisamente en la medida en que su coacción sea ejercida de forma más efectiva y más se limite con ello la libre capacidad empresarial de los seres humanos”, ibídem, p. 103. <<

[15] Publicado en diversas entregas por el diario *El País*, 14 y 21 de junio de 2020. <<

[16] Mikel Buesa, *Abuso de poder: El coronavirus en España. Incompetencia y fracaso en la gestión de la crisis*, ob. cit. El profesor Buesa, sin embargo, pone el acento en la incompetencia más que en el propio sistema, como causa de los errores, y en la parte final de su por otro lado excelente trabajo, prácticamente solo propone, salvo en relación con el mercado de trabajo, más políticas activas de tipo estatal para hacer las cosas mejor y salir de la crisis (!). Todo ello dejando aparte la errónea interpretación keynesiana que hace de la misma en la p. 203. <<

[17] Como es bien sabido, los precios máximos generan desabastecimiento, escasez y mercado negro. En caso de necesitar urgentemente un producto (por ejemplo mascarillas) la única política sensata es liberalizar los precios para que suban lo preciso e incitar a su producción masiva hasta que se satisfaga el incremento de demanda y solucione el problema, manifestando la experiencia que muy pronto los precios vuelven a su nivel previo (en todo caso, mucho antes de que por vía pública se logre el necesario incremento de producción que siempre, a diferencia de lo que ocurre en un mercado libre, llega tarde, a “cuenta gotas” y con muy baja calidad). El argumento, por tanto, de que los altos precios no son equitativos, carece de sentido pues la alternativa es mucho peor: desabastecimiento mucho más prolongado, mercado negro y baja calidad; si se quiere asegurar que los más desfavorecidos puedan adquirir mascarillas a bajo precio y cuanto antes hay que permitir que el precio suba, de entrada, todo lo que determine el mercado. <<

[18] En el momento de escribir estas líneas se están repitiendo de nuevo todos estos problemas que hemos visto en el proceso, lento y descoordinado (también monopolizado por las autoridades públicas con total exclusión de la iniciativa privada) en relación con la distribución y vacunación de COVID-19 a toda la población. Véase Hans-Werner Sinn, “La debacle vacunatoria en Europa”, Expansión, lunes 1 de febrero de 2021, página 38. <<

[19] Jesús Huerta de Soto, *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, ob. cit., pp. 110-135. <<

[20] “El sistema socialista tenderá a abusar de la propaganda de tipo político, en la que se intentará dar una versión idílica de los efectos de los mandatos del órgano director sobre el cuerpo social, resaltando especialmente lo negativas que serían las consecuencias sociales de no existir tal intervención. El engaño sistemático a la población, la distorsión de los hechos […] para convencer al público de que es preciso que el poder se mantenga y se refuerce, etc., son todas ellas características típicas del efecto perverso y corruptor que el socialismo siempre tiene sobre sus propios órganos o centros de poder”. Jesús Huerta de Soto, *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, ob. cit, p. 122. De nuevo, la actuación de los Gobiernos queda reflejada en la inquietante pregunta que pone fin a la serie Chernóbil ya comentada: “¿Cuál ha sido el verdadero coste de las mentiras?”. <<

[21] Ibidem, p. 117. <<

[22] Ibidem, pp. 126-133. <<

[23] Ibidem, pp. 142-146. <<

[24] Los continuos desajustes que genera el intervencionismo suelen ser atribuidos por expertos y gobernantes a la “falta de colaboración” ciudadana y se utilizan como una justificación más para nuevas dosis de coacción institucional en un proceso de crecimiento totalitario del poder que, ante el crecimiento de la descoordinación, suele venir acompañado de continuos “bandazos o cambios súbitos de política, sea modificando radicalmente el contenido de los mandatos, el área sobre la que se aplican o ambas y todo ello con la vana esperanza de que la «experimentación» asistemática de nuevos tipos y grados de intervencionismo permita solventar los insolubles problemas planteados”. Quizás el bochornoso episodio de las mascarillas, primero desaconsejadas por los expertos, para dos meses después ser consideradas imprescindibles y declaradas obligatorias incluso al aire libre (!), sea una ilustración perfecta de este punto. Véase, Jesús Huerta de Soto, *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, ob. cit., pp. 112-113. Véase, igualmente, “Macron y la vacunación”, El País, domingo 10 de enero de 2021, p. 10. Y todo ello sin necesidad de mencionar la trágica realidad de la discriminación a la que sometieron las autoridades públicas a las residencias de ancianos o al hecho de que, en los momentos más críticos de la Pandemia, en muchas ocasiones fuera un funcionario (médico de hospital público) el que decidía que pacientes críticos de COVID-19 merecían o no vivir. <<

[25] Israel Kirzner, *Discovery and the Capitalist Process*, The University of Chicago Press, Chicago y Londres 1985, p. 168. <<

[26] Por ejemplo, la utilización por parte de la empresa privada INDITEX (“Zara”) de sus centros de logística y transporte con China permitieron traer a España en un tiempo record más de 35 millones de unidades de protección sanitaria (además de 1200 respiradores) que utilizando los canales públicos habituales habrían llegado mucho más tarde y en peores condiciones. O el caso del restaurante “Coque”, con dos estrellas de la Guía Michelín, que elaboró y repartió en Madrid miles de comidas para los necesitados y afectados por la Pandemia, etc., etc. <<

[27] Véase, entre otros muchos, el clásico artículo de F. A. Hayek, “Competition as a Discovery Procedure”, en New Studies in Philosophy, Politics, Economics and the History of Ideas, Routledge, Londres 1978. <<

[28] Los gobiernos continuamente, y utilizando un doble rasero, denuncian de inmediato cualquier fallo por pequeño que sea del sector privado, cuando los fallos mucho más grandes y clamorosos del sector público se consideran como la prueba definitiva de que no se gasta lo suficiente y de que hay que incrementar más su tamaño, el gasto público y los impuestos. <<

[29] Como es obvio, aquellas autoridades públicas que relativamente han intervenido y coaccionado algo menos a sus ciudadanos, como es el caso de Hong Kong, Corea, Singapur o, más próximo a nosotros, de la Comunidad Autónoma de Madrid, aun no habiendo podido desembarazarse del todo de los problemas irresolubles del intervencionismo estatal, tienden a lograr resultados comparativamente más positivos, lo cual constituye también un indicio e ilustración adicionales a los que ya hemos comentado en el texto principal. Incidentalmente, el popular dicho de que “media España se dedica a regular, inspeccionar o sancionar a la otra media” y que tiene un gran trasfondo de verdad, indica que al menos un efecto positivo del confinamiento y parón radical ha consistido, precisamente, en la tregua de presión que en este ámbito ha podido sentir, al menos parcialmente y durante algunos meses, la sociedad civil. <<

[30] No hemos hecho referencia en el texto principal a las contribuciones de la denominada “Escuela de la Elección Pública” (*Public Choice School*) que sobre los fallos de la gestión pública democrática (especialmente los denominados efectos de la racionalidad de la ignorancia del votante, el papel perverso de los grupos privilegiados de interés, la miopía y cortoplacismo gubernamental y el carácter megalómano e ineficiente de las burocracias) tanto predicamento alcanzó a partir de los años 80 del siglo pasado (cuando su principal y pionero impulsor James M. Buchanan obtuvo el Premio Nobel de Economía en 1986) y que deben darse aquí por reproducidas (véase además la bibliografía que cito en la nota 25 de la p. 121 de mi libro *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, ob. cit.). <<

[31] Existen diversas ediciones en español, por ejemplo, la de Pedro Lomba, publicada en Madrid en septiembre de 2019 por Editorial Trotta. <<

[32] Traducido por Javier Serrano y publicado por Editorial Planeta-Deusto, en Bilbao en 2019. El libro lleva el sugerente subtítulo de “Un ensayo sobre el derecho a la coacción por parte del Estado y sobre el deber de la obediencia por parte de los ciudadanos”. <<

[33] Jesús Huerta de Soto, “Il virus più letale”, Il Giornale, Milán, 14 de mayo de 2020, pp. 1 y 24. Versión publicada posteriormente en español, “El virus más letal”, Procesos de Mercado, vol. XVII, n.º 1, Primavera 2020, pp. 439-441. <<

[34] Jesús Huerta de Soto, “La teoría de la eficiencia dinámica”, Procesos de Mercado, vol. 1, n.º 1, primavera 2004, pp. 11-71. <<

[35] Véase, además, lo indicado en Jesús Huerta de Soto, *Dinero, crédito bancario y ciclos económicos*, ob. cit., pp. 356-357. <<

[36] Véase, por ejemplo, a P. Bagus, J. A. Peña Ramos y A. Sánchez Bayón, “COVID-19 and the Political Economy of Mass Hysteria”, Int. J. Environ. Res. Public Health, 2021, 18 (4) 1376. <<

[37] Jesús Huerta de Soto, “La japonización de la Unión Europea”, Procesos de Mercado, Vol. XVI, n.º 2, otoño 2019, pp. 317 a 342, ob. cit. Por otro lado, es plenamente aplicable el “Teorema de la imposibilidad del socialismo” a los bancos centrales, tal y como se demuestra en Jesús Huerta de Soto, *Dinero, crédito bancario y ciclos económicos*, ob. cit., pp. 503-525. <<

[38] David Hume, “Of Money” en *Essays, Moral, Political and Literary*, E. F. Miller (ed), Liberty Classics, Indianápolis, 1985, pp. 281 y ss. Hume se refiere expresamente a que si, por un milagro, cada hombre de Gran Bretaña se encuentra con cinco libras más en su bolsillo durante la noche, ello no tendría ningún efecto real salvo el de disminuir el poder adquisitivo del dinero (es decir, incrementar los precios nominales), pues la capacidad productiva del Reino Unido permanecería idéntica (p. 299). Con su famoso “helicóptero” Friedman se limitó a copiar y actualizar este ejemplo de Hume (sin citarlo). <<

[39] Por ejemplo, el propio Mervyn King, ex Gobernador del Banco de Inglaterra, no ha tenido más remedio que terminar reconociendo lo siguiente: “la narrativa en vigor dice que la combinación de estímulos fiscales y monetarios ha sido un éxito contra la pandemia, pero yo no termino de ver ahora el beneficio del activismo de los bancos centrales. Llevo días discutiendo con mi mujer si es el momento de ir a cenar en nuestro restaurante favorito: el tenor de esa discusión no va a cambiar porque nos sigan bajando los tipos de interés”. El País, Madrid, domingo 17 de enero de 2021, p. 38. <<

[40] La relación de las autoridades monetarias con los bancos privados es "esquizofrénica": por un lado, los inundan de liquidez para que presten, a la vez que los amenazan continuamente con exigirles más capital y vigilar muy de cerca a quien prestan. <<

[41] Véase, entre otros, a Michael D. Bordo y Mickey D. Levy, “The Short March Back to Inflation”, The Wall Street Journal, 4 de febrero de 2021, p. A17. <<

[42] La adopción de esta política tensionaría de tal manera la gobernanza del euro que muy posiblemente le pondría en trance de desaparecer. <<

[43] Véase, por ejemplo, Patrick Newman, “Modern Monetary Theory: An Austrian Interpretation of Recrudescent Keynesianism”, Atlantic Economic Journal, n.º 48, 2020, pp. 23-31, así como los artículos críticos de Mark Skousen y Gordon L. Brady, publicados en el mismo número de esa revista. Entre los más abducidos por la “Modern Monetary Theory” se encuentra el propio Mario Draghi: véase, por ejemplo, “Las claves del plan Draghi” para salvar Italia, ABC, 4 de febrero de 2021, p. 30. <<

[44] Es una verdadera tragedia que expertos, políticos y ciudadanos hayan olvidado que el más importante de entre todos los precios y, por tanto, el que es más trascendental que sea fijado por el mercado libre, el tipo de interés, o precio de los bienes presentes en función de los bienes futuros, no puede ser manipulado impunemente por gobiernos y bancos centrales sin que se bloquee el cálculo económico y la correcta asignación intertemporal de los recursos productivos. <<

[45] Entre otras cosas, sin activos que vender, por haberlos condonado, no podrían drenar reservas del sistema si es que, en el futuro, ello hace falta ante un repunte de la inflación. <<

[46] Véase, por ejemplo, la letanía de comentarios y recomendaciones de política monetaria y fiscal del prestigioso Martin Wolf en el *Financial Times*, o del propio Paul Krugman en el suplemento económico de *El País*, en los que prácticamente no hay semana en la que no dejen de recomendar más inyección monetaria y más gasto público. <<